

Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1915

NÚM. 1.748

GRANADA. - EXPOSICIÓN MARIANA ORGANIZADA POR EL CENTRO ARTÍSTICO Y LITERARIO



Parte central del tríptico *La Virgen con el Niño*, pintura inspirada en las obras de Gerardo David (siglo XV), propiedad del Excmo. Sr. marqués de Dilar. (De fotografía de J. Martínez Rioboó.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El beso*, por E. Pérez Castellví. — *Granada. Exposición Mariana.* — *La guerra europea.* — *Madrid. Notas de actualidad.* — *El goce del esfuerzo.* — *Un magneto de gran potencia.* — *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Una escuela Montessori.* — *La Fiesta de la Flor.* — *Verbenas andaluzas benéficas.*

Grabados. — *La Virgen con el Niño.* — Dibujo de Tamburini, que ilustra el cuento *El beso.* — *Granada. Vista de una de las salas de la Exposición Mariana.* — *La Virgen con el Niño dormido*, cuadro de Sassoferrato. — *La Virgen abrazando la cabeza de su Hijo muerto.* — *La Virgen Doña arrodillada*, escultura de José de Mora. — *La Virgen sentada con el Niño adorado por dos ángeles*, tabla de Thierry Bouts. — *La guerra europea* (seis fotografías). — *La castiza*, cuadro de B. Gili y Roig. — *Un labriego*, cuadro de M. Cruz. — *Las presidentas*, cuadro de E. Urquiola. — *Después de la vendimia*, cuadro de Alcalá Galiano. — *Las camareras de la Virgen*, cuadro de D.^a Encarnación Bustillo. — *Madrid. Notas de actualidad.* — *El goce del esfuerzo*, relieve del doctor Tait McKenzie. — *Un magneto de gran potencia.* — *Barcelona. Una escuela Montessori.* — *La Fiesta de la Flor.* — *Verbenas andaluzas benéficas.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El muerto ilustre de estos últimos días ha sido el Padre Luis Coloma, un tiempo celeberrimo autor de *Pequeñeces*. Nadie habrá olvidado el revuelo que esta novela produjo, cuando vió la luz, primero en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, luego en dos volúmenes, cuyas ediciones desaparecieron, bebidas, absorbidas por la avidez de un público que no se hartaba de comentar los lances de la novela, la clave que en ella suponían y, más que nada, el extraño caso de que un jesuita escribiese con tal desenfado y hasta crudeza, y siguiendo los cánones de aquel realismo naturalista que había sido, en otras plumas, duramente anatematizado y punto menos que excomulgado por graves varones eclesiásticos y religiosos.

Para tal fenómeno, que la gente no comprendía, yo encontré una explicación, a mi ver sencilla y fundada en textos del mismo autor de la discutida obra. Busqué el origen de *Pequeñeces* en un hecho que a su hora dió mucho que hablar. Cierta jesuita, conocidísima en la corte, subió al púlpito del templo donde predicaba, con motivo de unos ejercicios espirituales concurrecidos por la crema de las señoras de Madrid, y con voz de trueno y frase enérgica y bíblica, reprendió las costumbres, y tales cosas dijo, que una Infanta que formaba parte del concurso no pudo, aunque tan serenísima señora, conservar la serenidad, y sufrió una congoja que la hizo abandonar el recinto.

A las pocas horas, el Rey, el Nuncio, los ministros de la Corona y todos los mentideros, sabían lo acaecido, y antes que transcurriesen veinticuatro horas el indignado profeta era despedido hacia otras comarcas de Israel.

Ahora bien: lo que no pudo decirse en la cátedra del Espíritu Santo, pudiera decirse, con mayor libertad, en la novela. Y por esta circunstancia se lanzó como novelista y como satírico social el Padre Coloma.

Esto lo confiesa él mismo en el substancioso prólogo de *Pequeñeces*.

«Has de tener en cuenta — dice al lector — que aunque novelista parezco, soy sólo misionero; y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquier plaza pública y predicaba desde allí rudas verdades a los distraídos que no iban al templo, hablándoles, para que bien le entendiesen, en su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico a los que, de otro modo, no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo...»

Y en otro prólogo añadía:

«Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde debe y puede bajar la enseñanza de Jesucristo. Lejos, pues, de anatematizar a los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea de que atañe al hábil confeccionador de *contravenenos*...»

Antes que el Padre Coloma, y al mismo tiempo que él, los novelistas católicos produjeron obras con fin moral y de predicación a su manera. Fernán Caballero, la ilustre novelista andaluza (por mejor decir, suiza, pues en tierra helvética había nacido), tuvo sus pujos de catequista, y en su escuela se edu-

có el Padre Coloma, cuando no era religioso, sino un muchacho distinguido de Sevilla, aficionado a las letras, muy despabilado y gracioso, con ingenio y dotes de observador.

Pero estos novelistas católicos, preciso es decirlo, no tenían veta de satíricos, y desde luego mal pudieran (no siendo Fernán) por este concepto, satirizar a la sociedad elegante, puesto que no la conocían. Casi todos, por otra parte, lo intentaron; pero a decir verdad con escaso acierto. *La Montálvez*, de Pereda, verbigracia, fué una equivocación.

Lo curioso es que, habiéndose iniciado este movimiento satírico contra el gran mundo a tiempo que imperaba en las letras el sentido naturalista y realista, que produjo no pocas novelas magistrales, se hacía para la gente aristocrática una excepción: mientras con los paletos, jándalos, marineros, indios, mozas de cántaro, pescadoras, gañanes, lonjistas, en suma, el pueblo, y también la clase media, se practicaban los métodos de observación y fiel transmisión de lo observado, y se cultivaba el documento, para las clases altas se creía posible prescindir de esta base necesaria, y se llenaba de *arquitrabes* el comercio de libros.

Se objetaba, no sin cierto desdén, que al cabo una duquesa es una mujer lo mismo que las demás, y tiene pies, cabeza y cuerpo, y obedece a iguales estímulos que una aldeana o una modistuela. Hasta aquí la tesis podía sostenerse, pero flaqueaba al no tomar en cuenta el inmenso influjo del ambiente, de la educación, hasta de los prejuicios y nimiedades, en la manera de ser y de vivir.

Eran tales novelistas como aquel pintor que, por ser su modelo una dama de alto copete, quisiese retratarla de memoria, ya que, al cabo, tendría cara y pelo y ojos y nariz, igual que los modelos anteriores.

De aquí, en gran parte, la superioridad del Padre Coloma en este terreno, pues salió al campo bien provisto de noticias, con un caudal de documentos menudos y picantes, fondo de la novela *Pequeñeces*, que tanto renombre le dió, y de la cual tantas ediciones se agotaron.

No era, sin embargo, y aun cuando lo pareciese, el principal objetivo del Padre satirizar al gran mundo. Más que a ese núcleo frívolo, inconsciente, que gira en el torbellino de las vanidades, quería fustigar en conjunto a la Restauración.

Era el Padre Coloma un carlista involuntario, y lo hubiese sido doblemente si viese en D. Carlos a un hombre según su ideal, de un ejemplarismo riguroso.

La Restauración, inspirada en el criterio amplio de Cánovas del Castillo, indignaba al Padre, y le parecía una transacción con los malos principios y los desmanes revolucionarios. Hubiese soñado el Padre una Restauración que trajese las cosas a donde estaban antes de 1868, y sospecho que tampoco las cosas, antes de 1868, serían enteramente del gusto del novelista, de suerte que sería preciso retroceder en la serie de los tiempos y no parar hasta el siglo xv, con los Reyes Católicos, o el xvi, con el César amigo y señor de San Francisco de Borja, duque de Gandía.

Lo cierto es que la política de la Restauración, que el Padre calificaba de *barrido para dentro*, le sublevaba, y contra ella se enderezaron los tiros de su sátira, reprobando en la aristocracia la adhesión a tal sistema, y aplicándole el cauterio de la censura más acre, envuelta en risa.

En cuanto a lo demás, a lo que ya no depende de la política ni con ella se relaciona, el Padre Coloma hizo lo que todos los novelistas, desde Balzac; estudió la corrupción de las costumbres al través del elemento femenino. No es que los hombres salgan mejor librados que las mujeres en aquella célebre obra, pues apenas asoma un varón que no haya que cogerle con tenazas, menos el jesuita consejero de la virtuosa y desgraciada Villasis; pero contra las mujeres, y no contra los hombres, preconizaba el autor la práctica de una especie de bloqueo, que excluyese de la sociedad y del trato a las damas que diesen pábulo a la maledicencia.

Éso pretendía el Padre Coloma, y sobre tal tema se cruzó entre él y quien esto escribe una curiosa correspondencia.

Yo le argüía, y mi argumento no fué rebatido, diciéndole que, según eso, lo que se castigaba no era la falta o pecado, sino su publicidad, y la que acertase a esconder sus diabluras, y fuese lo bastante calculadora para no dejar de ellas ni un rastreo, sería respetabilísima; de suerte que, en su aspecto espiritual, para Dios que todo lo ve, el sistema del Padre envolvería una injusticia profunda.

No cabe negar que la sociedad ejercita siempre una cierta *selección defensiva*, y no está mal que la

ejercite (aun cuando a veces se diría que la entienda al revés, y festeja más a las menos dignas de serlo); y, realmente, no hay equidad en el modo de practicar esa misma selección.

El Padre recomendaba algo que se parecía a las antiguas *reprehensiones públicas*; y calcúlese la que se hubiese armado si, volviendo radicalmente a los primitivos tiempos del Cristianismo, empezasen las señoras que dan fiestas a zapear y expulsar de ellas no sólo a las pecadoras y mundanas, sino a los libertinos profesionales, a los concusionarios, a los malos amigos y peores caballeros, porque, dentro del criterio religioso, no cabía distinguir de sexos, fuera hasta herejía... En las Catacumbas no se daban *soirées*, y cada tiempo quiere lo suyo.

Por estas razones, tal vez, no alcanzó transcendencia el intento del Padre Coloma, a pesar del mucho talento y gracia derrochados en prepararlo. No ignoro si por el convencimiento del escaso fruto de la obra en este terreno, en medio del gran alboroto producido, y del escándalo de los timoratos y apocados que se espantaban de ciertos detalles y episodios fuertes, como guindillas, diseminados en *Pequeñeces*, el Padre Coloma, con gran sentimiento mío, y de muchos aficionados a las novelas interesantes, amenas y con miga, abandonó el camino emprendido tan brillante y ruidosamente, y aun cuando escribió después mucho, y muy atractivo, no dió a *Pequeñeces* una segunda parte.

Sus novelas posteriores, tardías, por decirlo así, tenían sordina y pedal. De suerte que el público (fuera de un público especial, aun más numeroso y fiel que literario) fué, si no dando al olvido, relegando a la penumbra al que tanto le preocupó, en ocasión señalada.

Ultimamente, el Padre Coloma cultivó un género que en España era nuevo: la historia, relatada como si se tratase de una novela. Se me dirá que lo mismo hicieron Alejandro Dumas y otros novelistas de la generación romántica; y contestaré que existe una notable diferencia.

Estos tomaban la historia (la frase es de Dumas), como un clavo donde colgar las invenciones de su fantasía. El Padre Coloma no procede así. Busca la verdad histórica, y aun cuando la aplique a sus propósitos, no la altera. Sólo es novelista por el donaire y amenidad con que narra, por el feliz empleo de los detalles interesantes, por el cuidado de evitar cansancio al lector.

Yo alabo esta parte de la labor del Padre Coloma; y la considero muy bella y muy útil a la vez. Es lectura que, conviniendo a muchachos, no les cae mal a las personas mayores que se precian de instruidas.

Jeromín es delicioso. *Fray Francisco* (tengo entendido que ha quedado sin concluir), me agrada mucho. Y el libro crítico biográfico y de recuerdos sobre Fernán Caballero, lo juzgo un modelito.

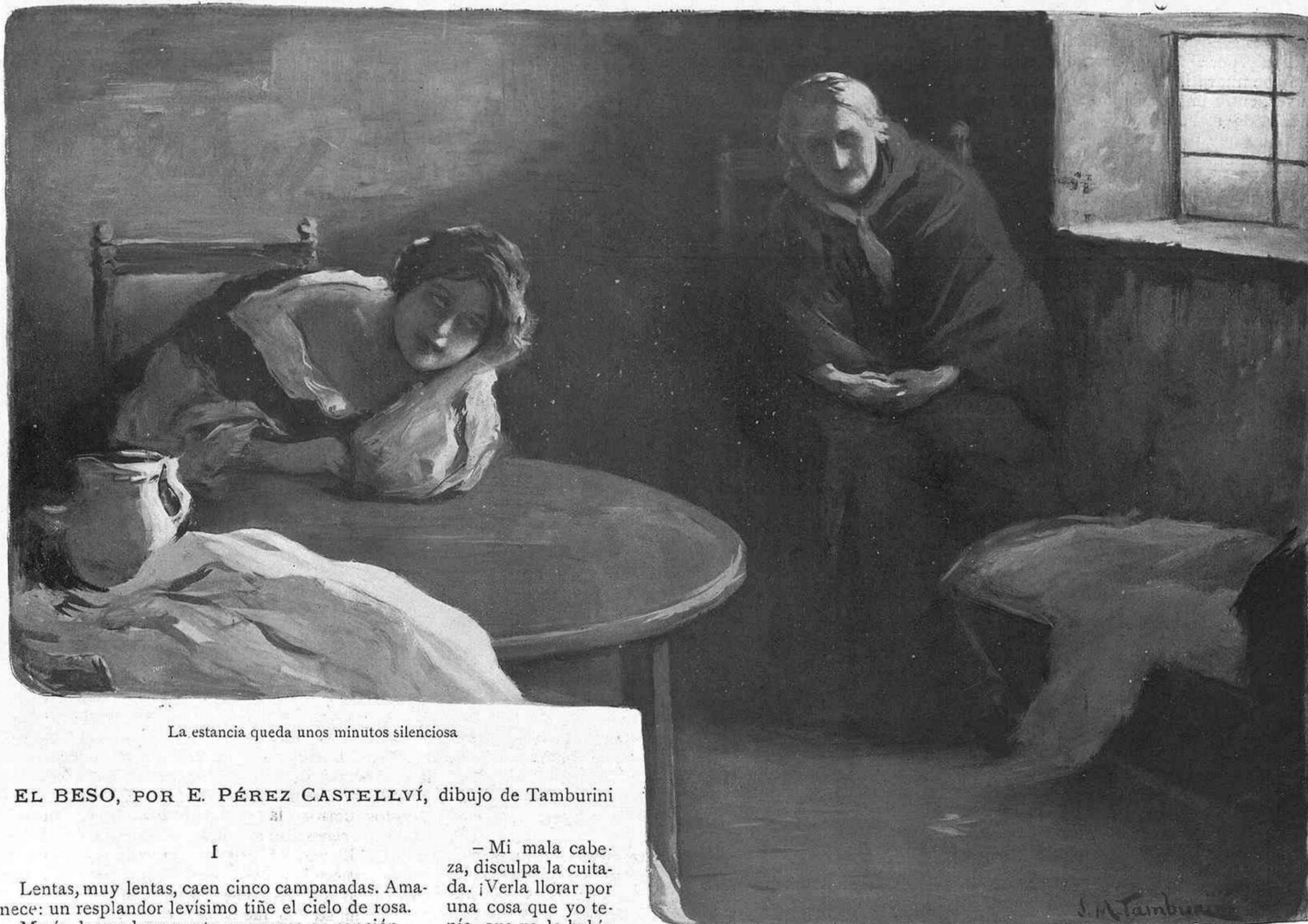
Por desgracia, la salud del Padre andaba quebrantadísima, y desde hace años. La primera vez que hablé con él (y han pasado lo menos veinticinco desde la fecha), ya se me quejó de sus achaques, de los tercos dolores de cabeza que sufría. La insidiosa arterio-esclerosis iniciaba su estrago.

Con buena salud y libre pluma, este insigne literato hubiese producido cosas notabilísimas, y hubiese poseído ese don de la fecundidad, que yo le deseaba en el artículo que acerca de *Pequeñeces* publiqué en el *Nuevo Teatro Crítico*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

FALTAS DE ORTOGRAFÍA Y BARBARISMOS

Con la mayor satisfacción participamos a nuestros lectores que las faltas en la escritura y otros muchos barbarismos, galicismos, etc., que tan vergonzosos resultan en personas educadas, se evitan fácilmente con el hermoso y utilísimo **MÉTODO DE ORTOGRAFÍA ESPAÑOLA**, edición de 1914, del doctor J. Martínez Mier, libro designado por varias Reales órdenes para las escuelas públicas y las militares. Trata hasta los defectos regionales, y contiene más de 90 prácticas de escritura correcta, preciosos datos lingüísticos e históricos y un extenso **VOCABULARIO DE LAS PALABRAS DE ESCRITURA DUDOSA** para resolver en el acto cualquier duda. Precio, 3,50 pesetas, y encuadernado, 4; librería de Hernando, Arenal, 11, MADRID; Perelló y Vergés, Caspe, 32, BARCELONA; y en las principales de España y Ultramar. Por 0,40 más, se envía por correo.



La estancia queda unos minutos silenciosa

EL BESO, POR E. PÉREZ CASTELLVÍ, dibujo de Tamburini

I

Lentas, muy lentas, caen cinco campanadas. Amanece: un resplandor levisimo tiñe el cielo de rosa. María, la madre amante, runrunea su canción...

Este niño chiquito no tiene cuna...

El niño duerme, arrullado. Vuelven a sonar las cinco campanadas.

— ¿Han dado las cinco?, pregunta *señá* Josefa, la abuela.

— Sí.

No puede contener una exclamación:

— ¡Qué hombre!..

— ¿Usted sabe? He de aguardar vestida, en pie... ¡porque si no!..

— ¡Infame!..

— Pensaba yo que el niño me lo iba a cambiar. ¡El niño!.. Ni un beso le ha dado, ni una caricia, ni se cuida de si está malo ni nada... ¡Como si no fuera hijo suyo!..

— ¡Qué hombre!, repite la abuela. Yo he procurado enmendártelo un poco con el achaque de su conciencia... ¡Que si el trasnochador, que si el vicio, que si la salud...!, porque la salud se acaba...!, porque la salud no está colgada de un garabato!.. Bueno, el garabato me lo hizo él, que, a poco más, me deja sin ojo... ¡Vaya un hombrecito que te ha dado Dios!

— O el demonio. O mi mala suerte.

— El sino, chiquilla, el sino.

— El sino será, confirma la mártir.

— ¡Y pensar que él no la quería!.. *Se lo quitó* a una amiga suya, a la Rosa, sólo para hacerla encelar y que rabiase. ¡Cómo la atenazan los recuerdos!.. Lo hizo por distracción, por burlarse de la pobre enamorada, y ésa es su pena...

— ¡Que ahora lloro!.. Desprecios, ausencia, golpes... Y esa mujer lo sabe... Esa mujer está al tanto de lo que pasa aquí. Cuando él llega tarde, borracho, aturdido; cuando me pega, cuando no viene a dormir. ¡A mí me parece que detrás de la puerta de su casa está siempre esa mujer, acechando!.. ¡Acechando!, repite con exaltación. Será mi conciencia, será mi remordimiento que toma figura de mujer. Riéndose, burlándose de mi mala acción... ¡Ay, madre!.. Clavándome cada noche la saeta de su gozo lo mismo que yo le destrocé el alma...

La *señá* Josefa intenta consolarla; pero, sin querer, a su boca acuden únicamente frases de reproche. Siempre se lo dijo, la Rosa era amiga suya...; debió pensarlo, que eso no se hace, que todo cae encima!..

— Mi mala cabeza, disculpa la cuitada. ¡Verla llorar por una cosa que yo tenía, que yo le había quitado!.. Después, cuando quise recordar, estaba ya presa... Me pilló ese hombre...

Ojillos de píllo tienes, pero no me pillarás...

le dije. Y me pilló. Y pasé por todo, por sus vicios, por su falta de querer, por su crueldad...

De la crueldad del verdugo cuenta y no acaba la pobre esposa. Mientras él se divierte... o se aburre, que hasta para aburrirse quiere estar fuera de casa, ha de aguardarle: una noche que le entraron fatigas y se acostó, a poco la mata.

— ¡Y esa mujer oyéndolo todo, esa mujer gozándose en mi desventura!.., exclama.

— ¡Bah!.., niega la *señá* Josefa.

Pero María no se convence.

— Pronto vino el castigo, prosigue. ¡Y que lo ve la Rosa!.. Eso es lo que a mí me consume... ¡Más golpes, más desprecios, más olvido!.. ¡Pero que no lo vea esa mujer!..

La abuela repite como un eco:

— ¡Pero que no lo vea esa mujer!..

La estancia queda unos minutos silenciosa. María, la pobre maltratada, deja correr las lágrimas de sus ojos, ojos que parecen únicos para inspirar madrigales, ojos que hablan, con su llanto, de arrepentimiento y de dolor...

La luz del alba, clarísima y alegre, recorta las siluetas, que se dibujan firmes. Se oye abrir de puertas y las primeras canciones que por la mañana entonan las mocitas. Una voz de borracho pone durísimo contraste al bullicio del día que está naciendo.

— ¿Y el niño?, pregunta *señá* Josefa.

— Toda la noche en un sueño.

— Así da gusto, que tú me saliste más llorona...

— ¡Esa mujer!.., habla María, volviendo a su tema. A mí me parece que lo está esperando, como yo, detrás de la ventana, para vengarse, para reirse cuando lo vea llegar...

— ¡Siempre acabamos en lo mismo!..

Torna a quedar todo en silencio. Fuera, suena una copla que dice así:

De las lágrimas que lloro he de pasarte la cuenta. ¡Ya verás a lo que saben!.. ¡Ya sabrás lo que me cuestan!..

II

Antes de las seis llega Manolo, el marido cruel, y llega cantando sevillanas.

Nadie ha sabido explicarse el fenómeno, pero lo cierto es que ese canto, zaragatero y bonito, es señal evidéntisima de mal humor en Manolo.

Tiene el tal la repulsiva gallardía de los tenorios de barrio. Viste con esa elegancia innoble que tantas desventuras ocasiona a las mujeres ignorantes. Desenvuelto y osado, no cruza ante ninguna sin herirla con los ojos. Ellos son cínicos, atrevidamente cínicos, humildes...; dulces en el mirar cuando acompañan madrigales; retadores, fieros, si las palabras son insultos; entornados cuando el silencio es contemplación y la contemplación piropo; reidores ante el desprecio femenino de la que pronto ha de caer; despiertos...; ojos que tienen todos los matices, y negros, muy negros, como el abismo abrasador de los falsos amores.

De él se cuentan historias peregrinas: una casada que olvidó sus deberes, una mocita que creyó en juramentos y halló vergüenzas como castigo, una mujer que no alcanzó la dicha de ser correspondida... En el barrio la leyenda crece narrada por labios femeniles. Y el mozo, engallado con sus triunfos, halla pronto una réplica fácil, una palabra desdeñosa, una galantería osada, grosera a veces, siempre oportuna para aprisionar aficiones...

Su navaja se abre siempre al menor motivo, y aunque nunca llegó a herir, la temen los guapos, receñosos de su dueño, que sabe contenerles con sólo un ademán. Juega, bebe, triunfa... Trabajó cuando era más joven, antes de casarse; pero así que tuvo quien pudiera subvenir a sus necesidades, se proclamó holgazán de oficio, parroquiano en cafés de menor cuantía, y señorito perpetuo.

Irascible y nervioso, es, como ya se ha dicho, evidente señal de su malhumor oírle cantar sevillanas. En sus ojos hay una chispa y sus labios tiemblan ligeramente.

Júzguese del espanto que se apodera de sus víctimas viéndole entrar así. María interrumpe su runruneo al infante, y la *señá* Josefa comienza a buscar algo que no halla y que, es, sin duda, la salida de la habitación.

En tanto, Manolo pide el desayuno, dispuesto a

encontrarlo malo, digno de que se le salude con estentóreos gritos y atroces juramentos. Pide, después, la capa y, por si la cepillaron o no, arma un zipizape que conmueve la casa hasta los cimientos. De vez en vez, entre imprecación e insulto, entona una sevillana, de manera que el canto viene a ser como estribillo que pone a la letra principal, que es una letra bien odiosa. De pronto, mira los ojos de María enrojecidos por el llanto, y su furor no tiene límites.

- Ven acá, paloma, ven acá, le dice con sosiego que asusta. Tú has dormido.

es angustiosa para María, para la abuela; de goce para el cruel.

- ¿Quiere usted salir un poco?, interroga.

- ¡No!..

- ¿Por qué?

- Por eso, porque me parece que va a llover... Manolo no se inmuta. Entra en otra habitación y llama a María. La abuela se opone a que ésta vaya, pero es inútil. María va... Y se reproduce el bárbaro maltrato...

- ¿No le dije a usted que iba a llover?, exclama

y que por este beso se lo perdono todo... todo... - ¿Todo?

- Todo, todo... Ya puede acechar la Rosa, ya puede reirse esa mujer, burlarse... ¡Golpes, desprecios, todo!.. Ha besado al nene, a nuestro hijo, ¡hijo de mis entrañas!..

La buena madre se echa sobre la cuna llorando convulsamente. El niño abre los ojillos, asustado. Y la *señá* Josefa sólo atina a decir:

- ¡Si supieran los hombres con lo poco que nos conformamos las mujeres!..



Granada. Exposición Mariana organizada por el Centro Artístico y Literario. - Vista de una de las salas de la Ex

- ¿Yo?, responde la mujer, horrorizada.

- ¡Tú!..

- ¿Yo?, torna a protestar María.

- Sí, paloma, sí... ¡Tú!.. ¿No te tengo dicho que me aguardes en pie..., en pie?... ¿Tanto sueño tienes que no me puedes aguardar?

- Pero si no he dormido...

- Sí que has dormido, sí..., ¡y he de matarte!..

Por esta vez, el verdugo se conforma con la horrible angustia de su víctima. Ríe ferozmente...

Lejos, torna a sonar la copla:

De las lágrimas que lloro
he de pasarte la cuenta...
¡Ya verás a lo que saben!..
¡Ya sabrás lo que me cuestan!..

III

- ¿Vas a salir?

- ¿Le importa a usted mucho?, responde Manolo.

- Yo...

- No quería moverme, agrega iracundo, pero a mí no se me viene con insulas. Yo salgo cuando quiero, y hago lo que quiero, y pego a quien me da la reverendísima gana...

- ¡Que siempre es a mujeres!, exclama María.

- Y Manolo con siniestro sonreír:

- ¿Eh?

- ¡Que siempre es a mujeres!, repite valerosa la abuela. Eso ha dicho, y eso digo yo, ¡granuja!..

El granuja, sin perder la calma, dice:

- Se madruga, *señá* Josefa...

- Regular... Está clareando...

- ¿Clareando? A mí me parece que va a llover...

- Y a mí...

- ¿Qué?

- Que a mí también me lo parece.

La lucha, sostenida en frases valientes, cortadas,

momentos después dirigiéndose a la *señá* Josefa.

- ¡Cobarde!.. ¡Infame!.., le responden.

Pero él, satisfecho de su hazaña, y cínico, como debieran verle las mocitas que enamora con una flor, dice fijándose en la cuna:

- ¡Andal!.. Y el chiquitín sin enterarse de nada. ¡Caramba!, continúa diciendo. ¡Pues no está poco gordo!.. ¡Qué puñitos, qué carrillitos..., para los bofetones de su padre!..

En vez de bofetones, le da un beso, un beso largo, sonoro...

- Toma, de parte de tu padre... Adiós, chiquitín, hermoso, rico...

Hubiera continuado las caricias a no acordarse de que le estaban mirando las mujeres: el eternecimiento deja lugar a la fiereza, y las palabras amorosas se convierten otra vez en insultos.

- ¡Ya les dije a ustedes que iba a llover!.. Soy mucho hombre yo, ¿verdad? Mucho hombre para que me domine una mujer. ¡La mujer que a mí me domine!.. Yo salgo cuando quiero, y hago lo que quiero, y pego a quien me da la reverendísima gana. ¿Estamos? Y menos lagrimitas... Menos lagrimitas, digo... ¡Que enjugues esas lágrimas!..

María obedece, viéndole otra vez airado, frenético... Procura reír porque él se lo ordena...

- Ríe... Que te rías... Más... ¡Así!.. Que yo soy tu marido... Y a un marido tan cariñoso como yo, no se le recibe con lagrimitas ni con malos ojos. Y ahora, adiós... Pronto vuelvo... Digo, si no me entretiene alguna... ¡Alguna!.. Adiós, chiquitín... ¿No dije yo que iba a llover?

Por fin se va. *Señá* Josefa le despide con una ofensa dicha entre dientes. María apenas puede pronunciar con emoción intensísima:

- ¡Ha besado al nene, ha besado al nene!..

- Sí... ¿Y qué?

- Nada, que lo ha besado, ¡que lo ha besado!..,

GRANADA. EXPOSICIÓN MARIANA

Cuando a fines del año 1913 celebráronse en Granada solemnes fiestas con motivo de la coronación de la Virgen de las Angustias, el Centro Artístico y Literario de aquella ciudad quiso asociarse a ellas y al efecto dispuso un acto que fuese a la vez cooperación sincera al homenaje del pueblo granadino a su Patrona y manifestación inequívoca y elocuente del afán con que el Centro procura con toda solicitud y sin reparar en escollos y dificultades, llevar dignamente la representación altísima que corresponde al Arte en cuanto se relaciona con la vida.

Para ello creyó que entre las varias iniciativas que podían adoptarse ninguna había de responder más plena y satisfactoriamente al logro de sus propósitos que la de celebrar una exposición en la que figurasen en colección numerosa, pero sí selecta, la mayoría de las obras de arte cristiano que en Granada existían relacionadas con las piadosas advocaciones de la Virgen, contando desde luego con la decidida y generosa protección del Excmo. Sr. Arzobispo de aquella diócesis, de las comunidades religiosas y de muchas personas, así eclesiásticas como seglares, que desde un principio acogieron la idea con entusiasmo y prestaron su valioso apoyo y su cooperación para la mejor y más cumplida realización de la misma. Resultado de todos aquellos esfuerzos fue la notabilísima Exposición Mariana que se celebró en los salones de aquel Centro.

Figuraron en aquella exposición ciento cincuenta y cinco obras de arte de todas clases, cuadros, tablas, grabados, esculturas, bordados, tapices, todas ellas relativas a temas relacionados con la Virgen María y pertenecientes a distintas épocas y a diversos artistas. Las que reproducimos en las páginas 429 y 433 de este número permitirán a nuestros lectores formarse idea de la importancia de la exposición.

(De fotografías de J. Martínez Rioboó.)



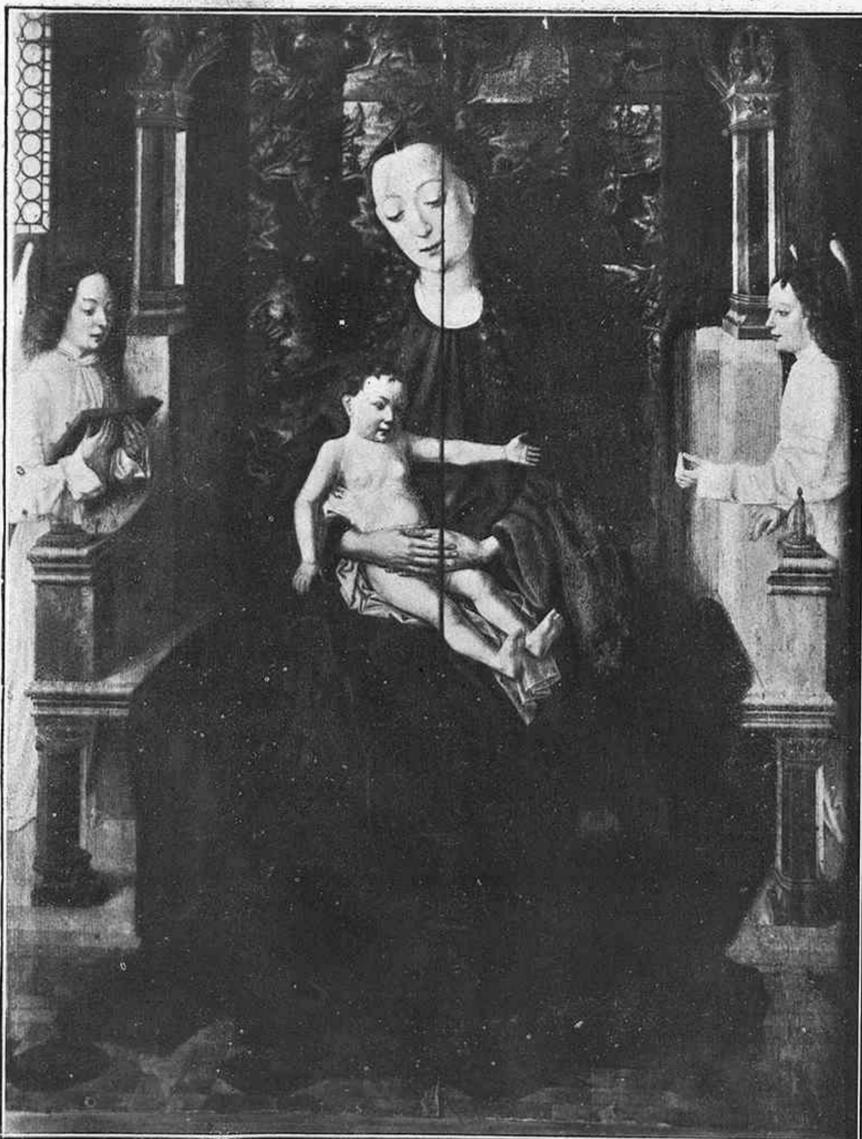
La Virgen con el Niño dormido, cuadro al óleo de Sassoferrato, propiedad de la iglesia de la Colegiata



La Virgen abrazando la cabeza de su Hijo muerto, tabla del siglo xv, estilo Memling, propiedad de D.^a Pilar Lacalle



Fragmento de la escultura de José de Mora La Virgen Dolorosa arrodillada, propiedad de la iglesia de Santa Ana



La Virgen sentada con el Niño adorado por dos ángeles, tabla de Thierry Bouts, propiedad de la capilla de los Reyes Católicos

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Trampus, Rol y Parrondo.)

En el teatro de la guerra occidental continuúan los aliados alcanzando victorias y realizando progresos en varios puntos del frente, según así lo consignan los partes oficiales franceses. Los ingleses han tomado una línea de trincheras al Norte de La Bassée, otra al Norte de Iprés, y otra en las cercanías de esta última población, al Norte del castillo de Hooge y en un frente de 1.200 metros; la primera,

la primera línea de trincheras alemanas en un frente de 1.500 metros. En Alsacia, después de avanzar por ambas orillas del Fecht, y por el valle de este río se han hecho dueños de Metzeral, del cementerio y de la estación de este pueblo; han extendido su línea 500 metros en dirección a Meyerhof y

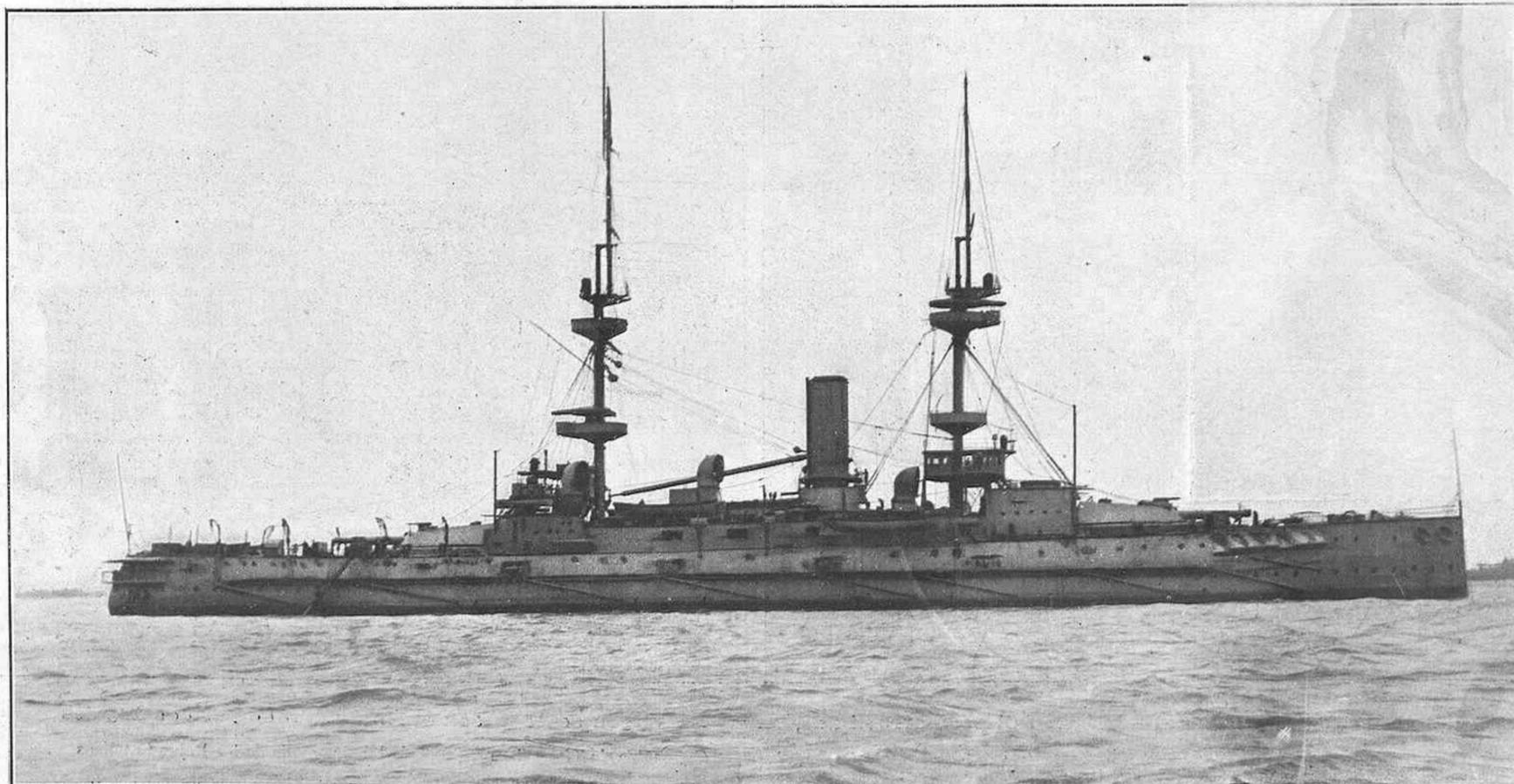


En los Dardanelos. - Fuerzas de los aliados en la península de Galípoli después de su desembarco y dispuestas a entrar en operaciones

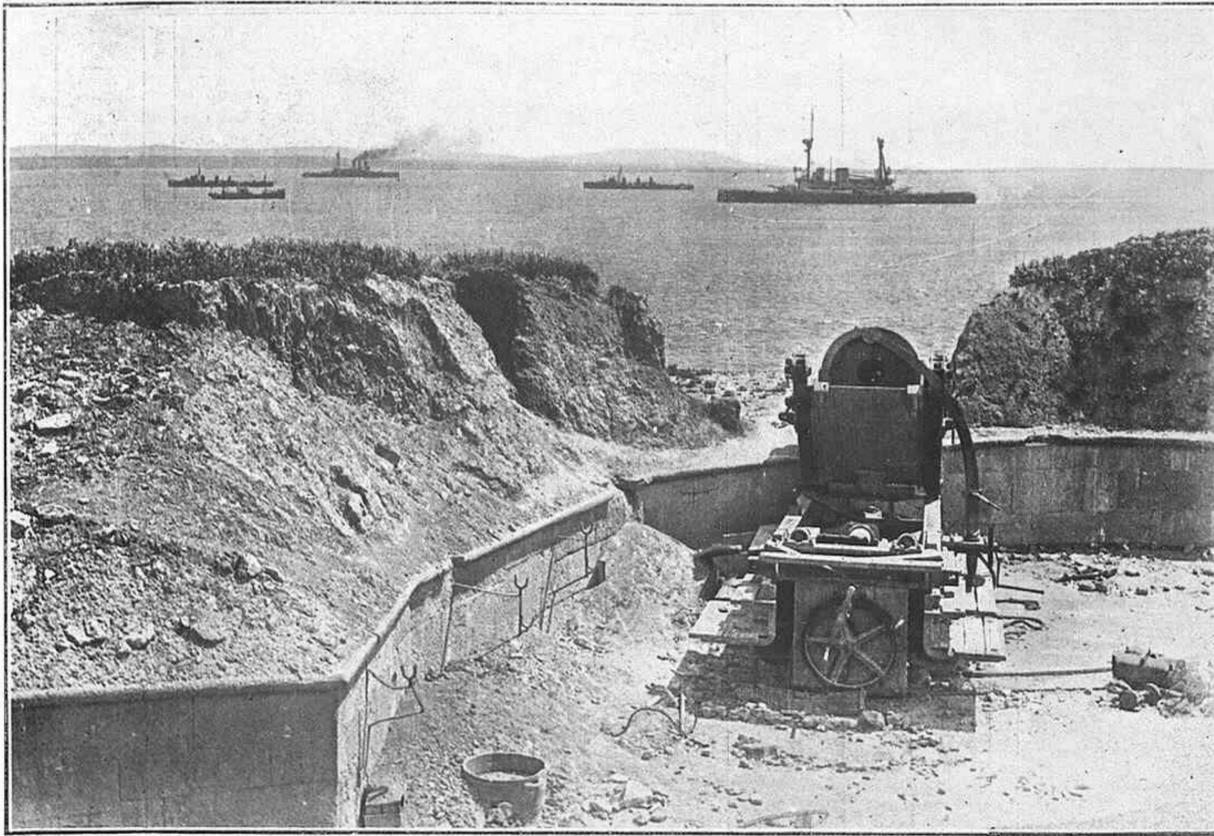
sin embargo, hubieron de abandonarla. En la región de Arrás, los franceses se han apoderado sucesivamente del barranco de Buval, de varias trincheras al Este de Lorette y una parte del ramal al Norte del Laberinto (que pierden luego y en seguida recobran), y han avanzado un kilómetro en dirección a Souchez. En el Argona recuperan algunas trincheras que habían perdido; en los altos del Mosa toman dos líneas enemigas en el sector de la trinchera de Calorne. En la Lorena han ocupado dos puestos en Embermenil y cerca de Reillón una posición que constituía el centro de la resistencia enemiga y toda

han rechazado los ataques contra las posiciones de Reichaker Kopf y al Norte del Fecht. Los alemanes confiesan que han abandonado un trozo de trinchera al Norte de la altura de Lorette; que los ingleses han penetrado en sus posiciones al Norte de Iprés; que los franceses han llegado hasta algunas de sus posiciones avanzadas al Oeste de Angrés y al Sur de Souchez; y que en la carretera oriental de los altos del Mosa han logrado penetrar en sus posiciones. En cambio afirman haber rechazado los ataques de los ingleses entre la carretera de Ecitaires a La Bassée y el canal de este nombre y en

este último, así como los de los franceses para avanzar al Norte de Arrás y los intentados en la altura de Lorette a ambos lados de Neuville, en el Argonne, en donde ellos, en cambio, han asaltado varias líneas sucesivas de trincheras en un frente de dos kilómetros, y en la región Sur del mismo. Los franceses han perdido algunas posiciones avanzadas al Nordeste de Embermenil. Las principales operaciones en el teatro de la guerra del Este han perdido su interés de actualidad con la toma de Lorraine por los austroalemanes,



El acorazado inglés *Majestic*, que fué echado a pique en los Dardanelos por un submarino alemán



Vista de una parte del fuerte de Sedul-Bahr, destruido por el fuego de los buques aliados

que era el objetivo que éstos se proponían desde la reconquista de Przemysl, y que se efectuó en la tarde del 22 de este mes. Diremos, sin embargo, que



Mascarilla usada por los ejércitos aliados para preservarse de los efectos de los gases asfixiantes empleados por los alemanes.

los austroalemanes, antes de llegar a este resultado, se apoderaron de importantes combates de posiciones importantes como Jaworow, Krasow, Wyzniow, Grodek y Komarów, y ocupando en territorio ruso ocuparon Tarnobrod. Los rusos han opuesto en todas partes tenaz resistencia, lo que ha hecho que los combates hayan sido muy sangrientos; pero ante el empuje de sus adversarios se han visto obligados a abandonar una tras otra todas sus posiciones. Como consecuencia de estas victorias, los austroalemanes han recuperado casi todo el territorio de Galizia que habían invadido los rusos en los comienzos de la guerra. En los demás puntos de aquel frente, los alemanes dicen haber rechazado los ataques rusos en la región de Chawli y Augustow, entre el Dniéster y el Pruth, y en la Bukovina.

Los rusos, además de atribuirse algunas ventajas parciales en Galizia, que la caída de Lemberg ha hecho inútiles, dicen que más allá del Niemen los austroalemanes sufrieron grandes pérdidas haciendo varios intentos estériles para tomar la ofensiva; que en la región de Chawli, en donde se combate sin descanso desde hace tiempo, han rechazado todos los ataques alemanes; y que han recuperado todas las trincheras avanzadas al Norte de Praszysz.

Los italianos hablan de combates vic-

toriosos en toda la longitud del frente; dicen ocupar gradualmente las posiciones dominadoras en las fronteras del Tirolo y de Cadora; haber rechazado los ataques contra las posiciones de Montepiano (Cadora), los intentos de los austriacos de invadir los desfiladeros de Sessiz y Monte Croce en la frontera de Carnia, y los ataques contra Freikofel, en esta última región, en la que, además, bombardean el fuerte de Malborghetto. En el Isonzo, según despacho del cuartel general italiano, continúa la ofensiva metódica, ordenada y firme, habiendo tomado la totalidad de Montenero y las alturas que rodean Plava.

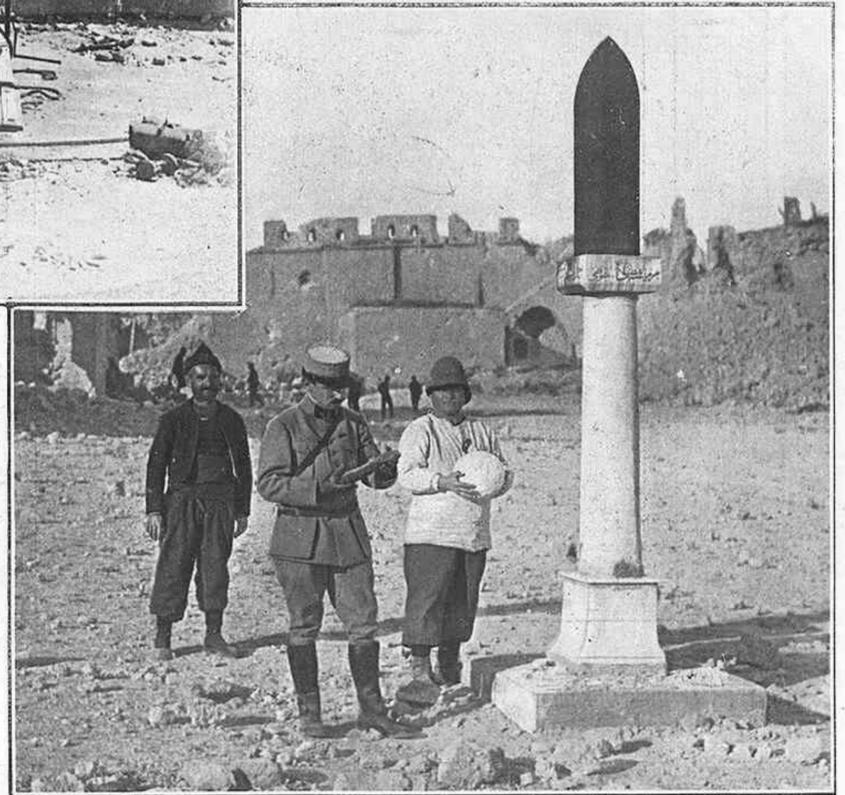
Los austriacos, por su parte, afirman que han cesado en el frente de Carintia y de Isonzo los infructuosos ataques de los italianos que han causado a éstos grandes pérdidas; que han rechazado los ataques sobre el Isonzo, cerca de Monfalcone, en Sagrado, en la frontera de Carintia y en la del Tirolo; que en esta última han derrotado a una división italiana que intentó pasar las montañas al Este de Fassa; que en Carintia la artillería italiana ha bombardeado sin éxito los fuertes austriacos; y que un sub-

marino austriaco echó a pique un submarino italiano en aguas de San Juan de Medua.

De los Dardanelos hay muy escasas noticias. Las de procedencia anglofrancesa dicen que los combates se han convertido en luchas de trincheras; que los aliados se han apoderado de varias trincheras turcas; que las dificultades del terreno hacen que el avance sea lento, pero que la situación de las fuerzas aliadas es favorable y la ofensiva turca se debilita de día en día; y que la flota aliada ha bombardeado Galípoli, incendiando los depósitos de municiones de los turcos y una parte de la ciudad.

Las procedentes de Constantinopla sólo hablan de que en Ariburun los ataques de los aliados se han estrellado ante la resistencia de los turcos.

Una escuadrilla de 25 aeroplanos franceses



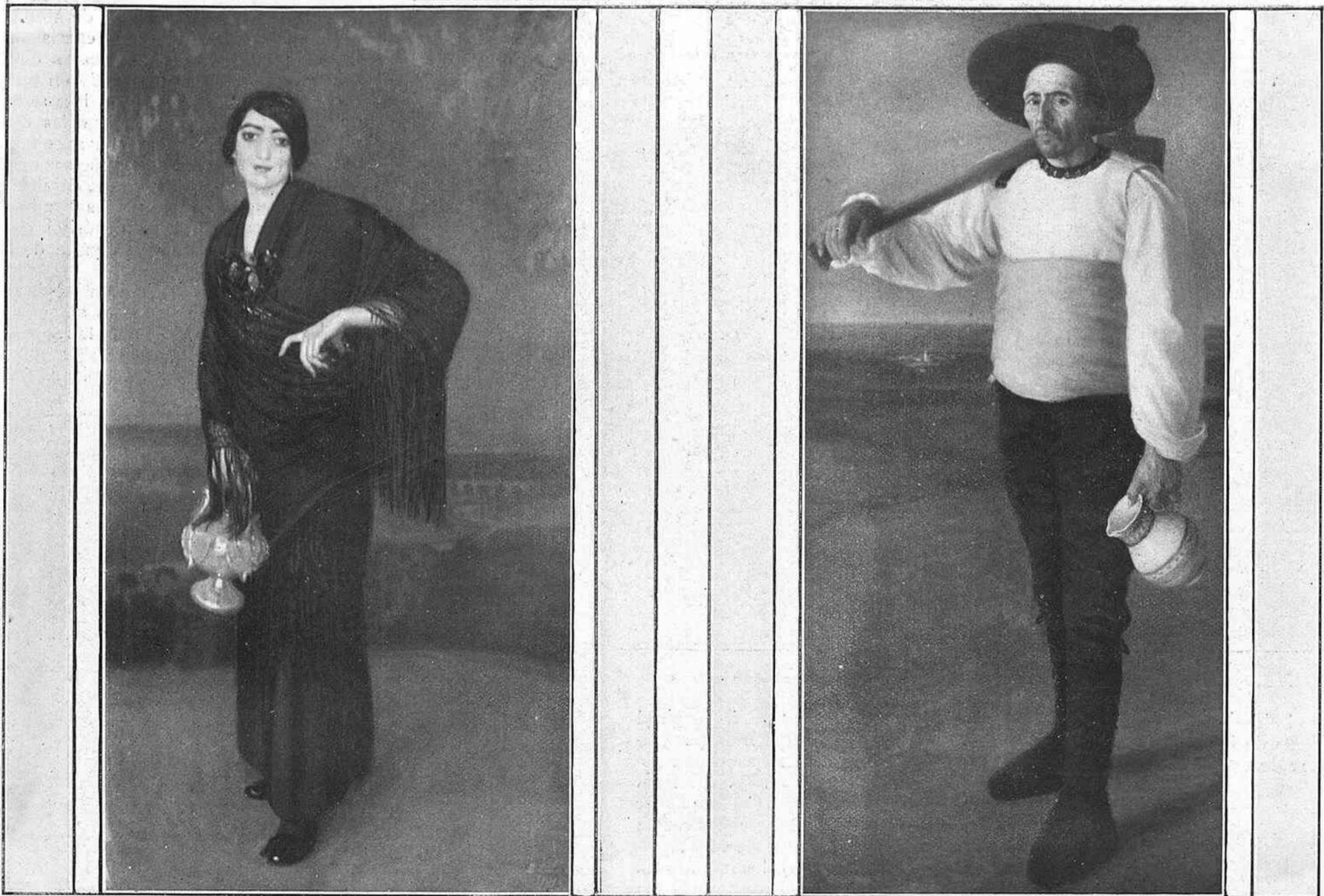
Monumento erigido en Sedul-Bahr para conmemorar el primer bombardeo del fuerte

ha bombardeado la ciudad de Karlsruhe, capital del gran ducado de Baden, habiendo arrojado 130 proyectiles que destruyeron un cuartel y una fábrica de municiones, y produjeron incendios y daños importantes en otros edificios. Al retirarse los aeroplanos, perseguidos por aviones alemanes y nutrido fuego de cañón, dos de ellos fueron alcanzados y hubieron de aterrizar en territorio enemigo con grandes averías.

Varios dirigibles alemanes han efectuado un raid sobre la costa Norte de Inglaterra, arrojando bombas sobre una plaza fortificada.



Una columna de infantería alemana descansando en la carretera que conduce al valle del Dukla



La castiza, cuadro de B. Gili y Roig

Un labriego, cuadro de Manuel Cruz



Las presidentas, cuadro de Eduardo Urquiola, premiado con segunda medalla



Después de la vendimia, cuadro de Alvaro Alcalá Galiano, pintor premiado en anteriores exposiciones



Las camareras de la Virgen, cuadro de Doña Encarnación Bustillo



Madrid. - Monumento al Dr. Esquerdo, obra de Pedro Estany, recientemente inaugurado
(De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Se ha inaugurado el monumento al ilustre Dr. Esquerdo erigido en los jardines de la Plaza del Hospital Provincial, ha-



El goce del esfuerzo, relieve del Dr. Tait McKenzie que por orden del Rey de Suecia ha sido colocado en uno de los muros del estadio de Estokolmo, para conmemorar los Juegos Olímpicos que se celebraron hace algunos años en aquella capital.

biendo concurrido al acto el alcalde Sr. Prast, el presidente de la Diputación Provincial Sr. Díaz Agero, los hijos y sobrinos y muchos compañeros y discípulos del eminente alienista.

Descubierto el monumento por el Sr. Prast, hicieron uso de la palabra el Dr. Pulido, en nombre de la comisión ejecutiva; el Dr. Isla, como decano de la Beneficencia provincial; el señor Gazapo, en representación de los amigos políticos del doctor Esquerdo, y los Sres. Díaz Agero y Prast. Todos los oradores dedicaron un merecido homenaje al ilustre doctor haciendo resaltar los grandes servicios que prestó a la Ciencia.

El monumento es obra del escultor Pedro Estany; algunos fragmentos los reproducimos en gran tamaño en el número 1.695 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Está constituido por cuatro figuras de piedra calcárea y un busto en bronce del doctor Esquerdo que se eleva sobre un pedestal en forma de pirámide truncada. Este conjunto se asienta en escalinata granítica.

Las figuras de piedra del lado derecho del busto representan una enfermera que tiende amorosos brazos a una demente, despojándola de la camisa de fuerza. La enferma apoya una mano sobre el hombro de un joven robusto, personificación de un ex- loco que postrado de hinojos ante el busto del Dr. Esquerdo le ofrece un ramo de flores, en señal de gratitud por haberle vuelto la razón. Al lado izquierdo del pedestal y apoyándose en él, está la figura de la Ciencia frenopática.

En la parte anterior del pedestal se lee, grabada en caracteres de oro, la siguiente inscripción: «Al Dr. D. J. María Esquerdo. 1842-1912»; en la parte posterior una lápida de mármol hace constar que el monumento ha sido costeado por suscripción pública entre los admiradores, discípulos, profesores y amigos políticos del sabio alienista.

En el recinto del Palacio de Bellas Artes del Retiro se ha celebrado un festival benéfico organizado por la Asociación de

Pintores y Escultores. Los alrededores del palacio ofrecían desde primera hora pintoresco y animado aspecto, y en los jardines habíase dispuesto numerosas mesitas para tomar el té y otras en que se vendían artísticos programas y postales.

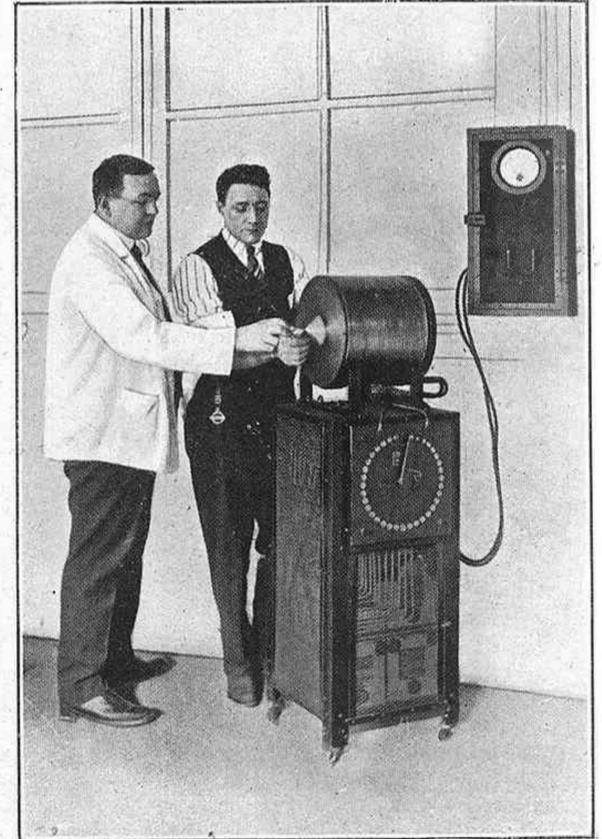
Poco después de las cinco llegaron SS. MM. D. Alfonso XIII, D.^a Victoria y D.^a María Cristina, y Sus Altezas los infantes D. Carlos, D. Alfonso, D.^a Isabel, D.^a Luisa y D.^a Beatriz, quienes fueron recibidos por el ministro de Instrucción Pública, el director general de Bellas Artes, el alcalde de Madrid y varios artistas. Las augustas personas entraron en el Palacio de la Exposición, en cuya sala central estaban expuestas las diferentes obras donadas por pintores y escultores para que fuesen rifadas entre los concurrentes a la fiesta; estas obras ascendían a más de cincuenta, muchas de ellas notabilísimas, y ostentaban entre otras las firmas de López Mezquita, Benedito, Llaneces, Bilbao, Lhardy, Zubiaurre, Domingo, Urquiola, Martínez Cubells, Blay, Benlliure, Marinas, Inurria, Saint Aubin, Muñoz Degrain, Pla, Oroz, Alcalá Galiano, Nagy, Martínez Abades, Francés, Verges y Esteve. El director general de Bellas Artes Sr. Poggio había enviado un cuadro de Vázquez, y los Sres. Garnelo, Madrazo, Pinazo, Vázquez Díaz y Bermejo habían dado vales para hacer retratos al óleo de los agraciados.

Las augustas personas trasladáronse a los jardines, paseando confundidas entre el público. Luego tomaron el té y a las seis abandonaron el recinto, no sin antes haber felicitado a los organizadores de la fiesta.

El festival continuó con la misma animación hasta el anochecer y en el sorteo salió premiado con un cuadro de Pla uno de los números adquiridos por S. M. el Rey.

EL GOCE DEL ESFUERZO

El artístico relieve que adjunto reproducimos es obra del Dr. Tait McKenzie catedrático de cultura física de la Universidad de Pensilvania. Llevado de su entusiasmo por el desarrollo del cuerpo humano y ayudado por su gran conocimiento de la anatomía, ha querido dedicarse también al arte escultórico y ha producido algunas obras que, como *El goce del esfuerzo*, son de positivo mérito y de un admirable realismo.



Poderoso magneto para extraer partículas metálicas que hayan penetrado en los ojos, en las manos o en otras partes del cuerpo, instalado en el departamento de socorro de una compañía eléctrica y manufacturera de Pittsburgo, Estado de Pensilvania (Estados Unidos).

UN MAGNETO DE GRAN POTENCIA

Una de las aplicaciones más recientes de la ciencia física a la cirugía consiste en un poderoso magneto eléctrico para extraer las partículas de metal que penetran en la carne. Antes de la invención de este instrumento, el único medio que había para extraer pedacitos de metal era el de sondajes, que es bastante deficiente y doloroso.

Este aparato, que el grabado adjunto reproduce, está montado sobre una caja que contiene el resistente destinado a regular la corriente que pasa por los carretes, y ha sido puesto ya en uso por el departamento de socorro de una compañía eléctrica y manufacturera de Pittsburgo, Estado de Pensilvania (Estados Unidos).

Para la aplicación de este sistema se coloca la parte del cuerpo en donde ha penetrado la partícula metálica contra el polo extremo o boca del aparato, se establece la corriente y el magneto hace el resto. El polo o boca del aparato, es movable, dado que se requieren diversas formas para las operaciones en las diversas partes del cuerpo.



Madrid. Festival celebrado en los jardines de la Exposición de Bellas Artes a beneficio de la Asociación de Pintores y Escultores. - La familia Real tomando el té. (Fot. de J. Vidal.)

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



- ¿Ve usted esto?, preguntó. ¿Puede usted leerlo?

- ¡La muerte!, exclamó Clara. Pues piense usted que ya no pertenezco a este mundo, e imagine que yo estoy enterrada. ¡Ah!, el amor no sobrevive tanto como usted cree, ni mata los corazones; experimentará usted al principio un dolor profundo, pero al fin acabará por olvidarme.

- ¡Clara!
- Dispénsame usted si le hablo así; bien pensado, tal vez usted no me olvide; y le aseguro, Jasper, que si en la obscuridad que me rodea hay algún punto luminoso es el pensamiento de que soy amada... Sin embargo ¡habría sido tan fácil disponer las cosas de otro modo!..

Estas últimas palabras me infundieron esperanza, y repetí mis protestas con la persistencia del hombre que lucha por su vida; mas todo fué en vano.

- ¡Sería una falta terrible!, murmuró Clara, como hablando consigo misma. No, no, Dios no me lo perdonaría nunca... No trate usted de persuadirme, Jasper... ¡Esto es horrible!, añadió estremeciéndose.

- Pues bien, dije, desesperado ante aquella obsti-

nación, reflexione usted al menos otra vez, y volveré mañana para saber su contestación definitiva.

- No, amado Jasper, contestó Clara, es preciso que no volvamos a vernos; ésta será nuestra despedida... ¡Ah!, añadió sonriendo por primera vez, vaya usted esta noche al teatro, porque tomaré parte en la representación de *Francesca*.

- ¡Cómo, esta noche!
- Sí, ya ve usted que es preciso vivir aunque se sufra. Tengo un palco para usted. Prométame que irá.

- Jamás, Clara.
- Sí, prométamelo usted. No me niegue este favor, y esté usted seguro de que no le pediré otro nunca.

Tomé el billete sin pronunciar palabra.
- Y ahora, añadió, le permito que me bese por última vez; después pediré a Dios que le bendiga, colmándole de felicidades.

- ¡Amor mío!, exclamé estrechando a Clara entre mis brazos, sin que ella opusiese resistencia. ¿Consentirá usted en no abandonarme?

- ¡No, no puede ser!, contestó entre sollozos; en nada puedo cambiar mi resolución.

Y desprendiéndose de mí, dióme la mano, diciendo:

- ¡Hasta la noche; no deje usted de ir, y adiós!.. De este modo me separé de Clara en una fría noche del mes de diciembre, poseído del más profundo pesar, y acosado de tristes presentimientos...

En la noche de aquel día me dirigí al Coliseo a la hora señalada en los carteles, y sentándome en el ángulo más obscuro de mi palco, esperé a que se levantara el telón.

El teatro estaba lleno de bote en bote, pues sabía que Clarisa no había sufrido sino una ligera indisposición, por lo cual trabajaría aquella noche. Al principio estuve demasiado pensativo para fijarme en nada; pero después noté que mi palco era el más próximo al escenario; de modo que una vez más podría oír a la mujer que amaba y verla de cerca.

Ignoro quién era el autor de la música; pero si diré

que produjo en mí una impresión profunda, haciéndome recordar aquella noche en que el infeliz Tomás, sentado junto a mí, tembloroso e inquieto, temía por el éxito de su tragedia. ¡Pobre amigo mío, en su amor había sido más feliz que yo, porque al menos no sufriría el pesar que ocasiona la separación de un ser querido!

Al fin dió principio la tragedia, sin que el público manifestase entusiasmo; pero cuando Clara se presentó en escena, y después de haber terminado su primera canción, una salva de aplausos interrumpió el silencio que antes reinaba.

Sí, allí estaba la mujer querida, radiante de hermosura, y como si jamás hubiese conocido el dolor; y hasta mis ojos dudaron al observar que en su rostro no se revelaba la menor señal de sufrimiento ni se veía siquiera el vestigio de una lágrima. ¿Acaso no tendría corazón?

El recuerdo de la escena de aquella tarde me hizo desear semejante idea; mas al ver a Clara al resplandor de las luces, tan bella y tan fresca de juventud, hubiera podido dudar que Clarisa Lambert y Clara Luttrell fuesen una misma persona.

Una cosa me extrañó mucho, y es que durante la primera parte de la representación no dirigió su mirada hacia mi palco ni una sola vez; muy lejos de ello, apartábala siempre, y en vano traté de explicarme la causa de semejante proceder.

Como quiera que sea, Clara trabajaba con toda la perfección del arte, y si por tal concepto había llamado la atención la primera noche, aun brillaba más ahora.

Por fin llegó el último acto de la tragedia, y la escena en que Francesca, después de despedirse de su antiguo amante y de la prometida de éste, queda sola en las tablas para recitar la estrofa final, figurando después que pone término a su vida.

Entonces prodújose un silencio profundo en el teatro; Clara se adelantó hasta colocarse junto a las candilejas, dió principio al recitado, y entonces miróme por primera vez.

Los espectadores, prestando la mayor atención, escucharon con religioso silencio, sobre todo al pronunciar Francesca los últimos versos, que decían:

Yo acepto gustosa el sacrificio,
como mujer que sus amores llora.
¿Qué significa un poco de dolor,
si ha de aliviar la pena que me agobia?
Un golpe solo, así....

Al llegar aquí, resonó en el teatro un grito de horror. ¿Qué habrían visto los espectadores, que se levantaban de sus asientos, pálidos y con expresión de espanto? ¿Por qué D. Sebastián se precipitaba sobre el cuerpo de Francesca, profiriendo una exclamación de terror? ¿Qué goteaba entre los pliegues del vestido blanco de la artista? ¡Era sangre!

Rápido como el pensamiento, salté del palco a las tablas y arrodilléme junto a Clara, ya moribunda; dióse al punto la orden de bajar el telón, mas antes de que lo hicieran, oí una carcajada argentina, y al fijar la vista en uno de los palcos, divisé los ojos negros, de expresión diabólica, de la mujer amarilla.

XX

EN QUE SE DICE CÓMO DOS VOCES ME CONDUJERON A BORDO DE UNA GOLETA Y QUÉ SUCEDIÓ ALLÍ.

Clara murió sin hablar; mas al arrodillarme yo a su lado para ver si podía contener la corriente de sangre que manaba de su herida, su dulce mirada buscó la mía, y cuando la última convulsión hizo estremecer el cuerpo, en vano trató de rasgar el velo de la muerte para dirigirme la última palabra; solamente dejaba escapar un suspiro, y sus hermosos ojos se cerraron para siempre. Mis labios sellaron los suyos, cubrí su rostro con el blanco velo, y salí del teatro con la desesperación en el alma.

La mujer a quien amaba había exhalado el postrer aliento, y no protesté contra mi aciaga suerte, porque la fuerza del dolor me dejó en aquel momento insensible.

Sin abrigo ni sombrero, salí a la calle en aquella helada noche, y sin cuidarme de las curiosas miradas de los transeúntes, me dirigí con rápido paso hacia el Strand.

Al salir del Coliseo había visto una considerable multitud a la puerta, porque la noticia comenzaba a circular; pero se me dejó el paso libre, porque sin duda comprendieron mi desesperación.

La noche, como ya he dicho, era muy fría; las calles estaban casi desiertas; mas sin fijarme en nada de esto, me encaminé como por instinto hacia mi casa.

No tenía objeto, ni experimentaba sensación alguna; Londres era para mí aquella noche como un cementerio.

De repente me detuve junto a un farol y comencé a reflexionar. Clara había muerto, y ella era todo en el mundo para mí; su recuerdo me perseguiría de continuo; y de tal modo me angustió este pensamiento, que de improviso me sugirió una idea terrible. ¿Por qué había de vivir? ¿Qué placeres ni qué felicidad podía esperar en el mundo? Mejor era concluir de una vez, poner término a mis sufrimientos, y buscar el reposo eterno junto a Clara. Adoptada esta resolución, proseguí mi camino, pero no con tanta rapidez como antes.

Mientras recorrí la distancia que me separaba aún de mi casa, tracé mi línea de conducta, combinando el plan que debía poner por obra.

Una vez en mi domicilio, cogería la llave grande de mi abuelo, juntamente con la caja de estaño que contenía el *Diario* de mi padre, y después me dirigiría al río. Allí era preferible la muerte para mí, y antes de perecer, podría hundir para siempre todo vestigio del terrible secreto que me había perseguido durante la vida: yo y el misterio desapareceríamos de una vez, y esto era lo mejor.

Combinado este plan, sin dolor, y casi alegremente, pensé después que aquel era el mismo río cuyos murmullos escuché tantas veces durante mis paseos con Clara; el mismo río, sí, pero ahora hallábame más próximo al mar, más cerca del mar infinito.

Y al reflexionar sobre esta idea, me afirmé en mi resolución, considerando que era lo mejor que podía hacer.

Llegado a mi alojamiento, subí la escalera rápidamente, entré en mi habitación, cogí la llave grande y la caja de estaño y bajé un momento después, precisamente en el instante en que el dueño cerraba la puerta exterior con llave.

— Dispense usted, le dije, voy a salir.

— ¡A salir! Pensé, caballero, que era usted quien acababa de entrar.

— Sí, pero debo salir otra vez; es un asunto urgente.

El hombre debió pensar que yo estaba loco, y a decir verdad, no se engañaba.

— ¿Pero cómo va usted así?, preguntóme. No lleva usted sombrero, ni abrigo...

Lo había olvidado todo en el teatro.

— Es verdad. repuse; haga usted el favor de bajarme otro sombrero y un capote.

Después de mirarme con asombro, el hombre subió a mi cuarto y pronto bajó con los objetos que le pedí.

— Esto basta, le dije.

Sin pronunciar palabra, y mudo de estupor, el buen hombre observó cómo colocaba yo mi caja debajo del brazo e introducía la llave grande en mi bolsillo.

— ¿Cuándo volverá usted, caballero?, preguntóme en el momento de salir.

Durante un momento o dos vacilé, sin saber qué contestar.

— Lo digo, añadió el hombre, porque supongo que no lleva usted llave; de modo que...

— No importa, repuse. De todos modos, no me espere usted, porque no volveré hasta mañana.

Y sin decir más, alejéme presuroso, mientras que mi patrón, inmóvil en la puerta, observaba qué dirección seguía.

¡Mañana!.. Antes de que despuntase la aurora, ya estaría yo en el otro mundo, donde encontraría sin duda a Clara; ella había cortado el hilo de su existencia, y justo era que yo hiciese lo mismo. Pero no, el cielo la perdonaría porque era una santa; mientras que yo sería condenado tal vez por haber seguido su ejemplo.

Entregado a estas reflexiones llegué a la vista del río; y aquí debo hacer mención de un detalle que no he citado antes.

Se reduce a que durante el verano yo había comprado un bote para ir con Clara desde Streatley a Pangbourne, o donde mejor nos parecía; mas al acercarse el invierno se le confió a un barquero para que me lo guardase en su casa.

Tropezando en la obscuridad, y perdiéndome entre tortuosas calles, que la luz de la luna no iluminaba, llegué al fin a la vivienda del barquero y llamé a la puerta.

Sin duda el hombre estaba acostado, pues pasó largo tiempo sin que me contestase; mas al fin una voz preguntó:

— ¿Quién llama?

— ¿Es usted, Bagnell?, pregunté. Hágame el favor de bajar, porque le necesito. Soy Trenoweth.

Oí una blasfemia arriba; siguióse una pausa, interrumpida por una breve discusión, después se abrió

la puerta de la calle, y vi a Bagnell en el umbral con una linterna.

— Bagnell, dije, necesito mi bote.

— ¿Esta noche, caballero?

— Sí, ahora mismo.

— Advierto a usted que lo tengo detrás de otros diez o doce, y que no es ocasión de buscarlo a estas horas.

— No importa; le ayudaré a usted si es necesario, mas no puedo prescindir de él.

— Bagnell me miró durante un minuto, y parecióme que murmuraba entre dientes.

— ¿Habla usted con formalidad?, repuso. ¿No estará usted...

— No, no estoy borracho, si es esto lo que usted quiere decir; hablo con toda formalidad, y necesito mi bote.

— ¿Y no le servirá a usted otro?

— No; ha de ser el mío.

Y como hallase en el fondo de mi bolsillo dos monedas de oro y alguna plata menuda, añadí:

— ¡Mire usted, le daré todo este dinero si me lleva el bote hasta la orilla del río!

Esto conquistó al hombre; miróme un momento con expresión de asombro, y suponiendo sin duda que yo había perdido el juicio, bajó a su almacén sin decir palabra.

Después de revolver largo tiempo, encontró al fin mi embarcación; poco después la botaba al agua y yo le di el dinero ofrecido. En todo este tiempo no se había cruzado entre nosotros apenas alguna palabra; mas en el momento de embarcarme, Bagnell me preguntó:

— ¿Volverá usted pronto, caballero?

¡La misma pregunta que me hizo mi patrón! Contesté también de igual manera, y dando dos o tres golpes de remo, alejéme de la orilla, donde aun pude ver durante algunos minutos, a la luz de la luna, al barquero Bagnell inmóvil en el mismo sitio, hasta que al fin la neblina me impidió distinguirle.

Mi bote era muy ligero, y aunque yo iba contra corriente avanzaba bastante. No sé qué me impulsó a seguir aquella dirección; mis pensamientos eran tan vagos, que no pensé en tomar otra para que me fuese más fácil remar. Solamente recuerdo que procuré alejarme de los espacios más iluminados por la luz, y que buscaba la sombra de algún puente o de algún barco grande.

Yo llevaba mi capote echado hacia atrás a fin de tener más movimiento en los brazos, y natural era que pronto entrase en calor a fuerza de remar; pero ni una gota de sudor bañó mi frente, así como tampoco había sentido el frío al salir del teatro.

Mi bote llegaba ya hasta muy cerca de la orilla de Middlesex, y muy pronto deslizóse bajo el sombrío puente de Londres.

No me sería posible decir qué distancia habría recorrido; solamente sé que hice un rodeo para no encontrarme con los botes que van a reunirse cerca del mercado de Bellingsgate, y que poco después avancé a favor de la sombra de una goleta de tres palos anclada cerca de la orilla.

De pronto levanté la cabeza para ver si distinguía su nombre, y pude leer el rótulo, que decía: *Hada de las aguas*. Más allá veíase un bosque de mástiles que formaban una línea sin fin, reflejándose en las aguas las luces de los barcos. Después de dar algunos golpes de remo, me detuve. ¿Para qué alejarme más? Tan bueno era aquel sitio como cualquier otro, y no me parecía probable que nadie pudiese oír el ruido que produjera mi cuerpo al caer en el agua.

Cogí la caja de estaño, que llevaba en la bolsa de mi capote, y la puse sobre el banco de proa de mi embarcación; después saqué la llave, que introduje en un bolsillo del pantalón, y en el otro puse el reloj y la cadena, pues quería hacerlo todo con orden.

Ya comenzaba a descalzarme cuando de pronto me ocurrió una idea. En el último momento era posible que me dominase el amor a la vida, y que, casi inconscientemente, comenzara a nadar, lo cual era para mí tan fácil como andar por tierra. ¿Tendría suficiente resolución para mantener inmóviles mis brazos y dejarme ir a fondo?

A fin de asegurarme bien, cogí el pañuelo e inclinéme para atarme los pies, e hice esto con la mayor calma y sin vacilación; mas en el mismo instante, mi bote chocó contra alguna cosa, y al mirar hacia arriba, vi otra vez el obscuro casco de un buque y las letras blancas de su rótulo: era el *Hada de las aguas*.

Esto no me convenía de ningún modo; debía alejarme más, porque allí sería fácil oír el ruido de mi caída.

Ya iba a empuñar otra vez los remos, cuando de pronto oí voces hacia la popa.

Mi primer impulso fué alejarme a toda prisa; pero alguna cosa paralizó mis manos e hizo latir apresuradamente mi corazón.

¿Qué era? ¿El sonido de aquellas voces? Sí, porque creí reconocerlas, tanto que contuve la respiración para escuchar mejor.

Aquellas voces eran de un hombre y de una mujer, y hablaban bastante alto; la segunda parecía suplicar, y parecióme que la primera amenazaba. De todos modos, no podía dudarse que habían empeñado una viva discusión.

Sin embargo, no fué esto lo que hizo latir mi corazón más aceleradamente; era que en aquellas dos voces había reconocido la de la madre de Clara y la de Simón Colliver.

— ¿No has recibido ya bastante?, decía la mujer. ¿No acabarán al fin tus crueldades, ni me dejarás vivir un momento tranquila? Toma este dinero y no me detengas más...

— No me basta, contestó el hombre.

— Pues ahora no me queda ni un cuarto. Vete pronto, y juro que te enviaré mayor cantidad.

— No puedo irme, contestó el hombre.

— ¿Por qué?

— Porque me vigilan.

Aquí la voz pronunció algunas palabras que no pude oír bien; pero después habló más alto.

— Sí, repitió, me vigilan, y a menos que no quieras ver a tu esposo bailando en la cuerda...; pero advierte que en mi última confesión no dejaría de referirme al bondadoso auxilio que me habéis dispensado tú y Clar...

— ¡Silencio... no pronuncies ese nombre, que tus labios profanan! ¿Si te doy esa cantidad nos dejarás en paz algún tiempo? Conociendo tu carácter, no te pido compasión... sólo quiero una tregua. Debo decir a Clara, pobre hija mía, lo que aun no sabe...

Mi bote se había deslizado suavemente hasta tocar la cadena del ancla; maquinalmente me agarré a aquella, y apoyando mis pies descalzos en la regala de la borda del combés, me izé hasta el botalón de foque, que se elevaba poco sobre el agua.

Una vez allí, escuché de nuevo. El ligero crujido del botalón, y el movimiento de mi bote me atemorizaron al principio, pues parecióme imposible que el hombre y la mujer no lo oyeran; pero pasado un momento recobré mi valor, y deslicéme silencioso hasta la cubierta.

La mujer y el hombre estaban junto al palo mayor; él, vuelto de espaldas, y ella, en frente; la luz de la luna se reflejaba en su blanco cabello, y ya no pude dudar que era la señora Luttrell, y su interlocutor mi odiado enemigo.

La venganza que tanto tiempo había esperado estaba por fin a mi alcance.

Mientras los observaba recordé que mi cuchillo, es decir, la hoja que había dado muerte a mi padre, quedaba en el bote, en la caja de estaño. ¿Podría volver sin hacer ruido ni llamar la atención? ¿No valía la pena intentarlo para tener al fin el gusto de clavar aquella hoja de acero en el negro corazón de Simón Colliver?

Era una locura; mas el vivo deseo de vengar a mi padre con la muerte del asesino se antepuso a todo. Sin duda él estaba armado, y tenía esta gran ventaja sobre mí; mas no pensé en ello, ni me ocurrió que se defendería.

Sin embargo, vacilé un momento entre bajar de una vez o quedarme; estaba agachado, y maquinalmente me puse en pie.

En el mismo instante, la señora Luttrell, que había vuelto la cabeza, me vió antes de que pudiera ocultarme otra vez.

Como la luz de la luna se reflejaba en mi cabeza descubierta y en las mangas de mi camisa, debía parecer una fantasma o algún objeto espantoso, pues la pobre mujer, aterrada sin duda, extendió los brazos, profiriendo un grito.

— ¡Oh, Dios mío!, exclamó. ¡Mira, mira!

Cuando yo me adelantaba, Colliver me vió, y saltando como un tigre, cayó sobre mí; mi pie resbaló en la cubierta, quise recobrar el equilibrio, y fui a caer en la escalera del castillo de popa.

XXI

EN QUE SE DICE DE QUÉ MODO CONOCÍ EL SECRETO DE LA LLAVE GRANDE.

Cuando recobré los sentidos gradualmente, vi que estaba en un estrecho camarote, mal iluminado por una lámpara de aceite colgada de una viga del centro.

El mobiliario se reducía a un cofre de marinero y a dos banquillos, en uno de los cuales hallábame sentado con la espalda apoyada contra el tabique;

quise moverme, y entonces eché de ver que estaba atado de pies y manos.

En el otro banquillo, frente a mí, y detrás del cofre hallábase Simón Colliver, que me observaba silenciosamente.

Bajo su negro cabello, sus ojos brillaban de una manera singular, con maligna expresión, y en aquel momento fijaba la vista en algo brillante que había sobre el cofre: era la gran llave de mi abuelo y la cadena de mi reloj, de cuya extremidad pendía la media hebilla de oro; pero observé que estaba unida con su compañera, la que se había abstraído a mi padre.

Aunque las ligaduras en mis brazos y muñecas me ocasionaban un dolor intolerable, lo que más me angustiaba era mi humillación; verme cogido así como una rata en la trampa, parecióme lo más angustioso y horrible que yo podía imaginar. Y como si esto no bastase, allí encima del cofre veía la hebilla completa; así se había conseguido al fin el objeto que dió origen a los asesinatos a bordo del *Buena Fortuna*.

Colliver no tenía sin duda prisa para explicarse; mirándome sin cesar con sus perversos ojos, ocultaba una mano en su bolsillo, y con la derecha entreteníase en dar vueltas a la hebilla de oro.

Al volver yo la cabeza, una gota de sangre de una ligera herida que tenía en la frente, cayó sobre mis ojos, y al mismo tiempo observé que la puerta del camarote estaba cerrada con cerrojo.

En un rincón vi una botella y un plato; la lámpara despedía un tufo insufrible; y el silencio era tan profundo, que solamente le interrumpía el monótono tic-tac de mi reloj.

Ignoro cuánto tiempo hacía que estaba allí; pero a mi juicio, debían haber transcurrido algunas horas; y mirando al fin a Colliver, preguntéme cómo me mataría y cuándo.

Sus ojos de lobo seguían mirándome, y durante un minuto o dos nos observamos en silencio; después adelantó un poco más su banqueta, y desvainó un cuchillo con la mano derecha, conservando oculta la izquierda, y colocó el arma sobre el cofre.

— Supongo, dijo al fin, lentamente y como si escogiera las palabras, que ya comprenderá que al menor grito para pedir socorro será usted hombre muerto.

— Muy bien, continuó, al ver que yo no contestaba; mientras lo comprenda usted así, lo demás no importa. Como quiera que sea, antes de matarle a usted, pues supongo que está seguro de que lo haré, quiero decirle algunas palabras, señor Jasper Trenoweth.

A juzgar por el tono de Colliver, hubiérase creído que me felicitaba por alguna cosa.

Hizo una pausa, como para darme tiempo a reflexionar sobre lo que decía, y después, cogiendo las dos mitades de la hebilla de oro entre los dedos, adelantóse y me las puso debajo de los ojos.

— ¿Ve usted esto?, preguntó. ¿Puede usted leerlo?

Como yo permaneciese mudo, acercóse otra vez al cofre para dejar la hebilla.

— ¡Ah!, exclamó, profiriendo una carcajada horrible, algunas veces, Sr. Trenoweth, hubiera usted dado su alma por esta chapa de oro, para leer lo que en ella se ha escrito. ¡Lástima que tenga usted las manos atadas! Sin embargo, no quiero tratarle con tanta dureza, y voy a leerle lo que está grabado en la hebilla. No puedo temer que revele usted el secreto, puesto que ha de morir con usted...

Colliver pronunció lentamente estas últimas palabras, recalando en ellas, y la perversa mirada de sus ojos me hizo más daño que mis ligaduras. Después de observar el efecto que en mí producían, sentóse de nuevo en el banquillo, acercó a sí la hebilla, y continuó.

— Cualquiera diría que es una locura hacerle a usted esta confidencia; pero reconozco que le debo alguna satisfacción... de lo que pudo calificar de agravio, y para que no me maldiga antes de morir, quiero ser generoso. ¡Escuche usted!

Al pronunciar estas palabras, puso la hebilla sobre la mesa, y leyó la siguiente inscripción:

Salid. A. Luna. Ilena. Punta. Sud.
Extremidad. 27. Pies. N. N. O. 22. Pies.
O. de. Anillo. N. Lado. 4.
Pies 6. Pulgadas. Profundidad. En. Punta.
De. Encuentra. Bajos. Aguas. 1 1/2. Horas.

Colliver leyó esto dos veces, mirándome a cada momento para ver qué efecto me producía.

— Paréceme, dijo, después de una pausa, que esto no tiene sentido para usted; y la verdad es que no está muy inteligible; mas yo lo comprendo bien y

voy a explicárselo. La persona que grabó esa hebilla quería decirnos que podría encontrar alguna cosa — digamos un tesoro — aquel que tirase dos líneas desde un lugar desconocido, una de 27 pies de longitud en dirección NNO., desde la punta Sud de dicho sitio, y la otra de 22 hacia el Oeste de cierto Anillo en el lado Norte del citado lugar. El supuesto tesoro se halla sepultado a la profundidad de 4 pies 6 pulgadas en el punto de intersección de esas dos líneas; pero la persona que lo busque (usted o yo, por ejemplo), debe salir durante el plenilunio. ¿Por qué? Pues evidentemente porque entonces se producen las mareas de la primavera. Debemos esperar, pues, que nuestro tesoro se encontrará sepultado en un sitio que no está descubierto sino cuando las aguas se hallan a su nivel más bajo, y en esta deducción me confirma la frase de «Aguas bajas 1 1/2 horas.» Supongo, por lo tanto, que en semejante sitio yace oculto el tesoro, y ahora la cuestión se reduce a saber dónde está ese sitio...

Ya esperaba yo estas palabras, y experimenté una inmensa alegría al reflexionar que al fin y al cabo Colliver no había penetrado el misterio. La hebilla no decía nada, ni la llave tampoco, y por lo tanto, el secreto estaba seguro aún.

Sin duda Colliver adivinó mis pensamientos, pues fijando en mí la mirada de sus negros ojos, dijo después lentamente:

— Señor Trenoweth, casi me da lástima verle en tan triste caso; pero, por otra parte, no puedo menos de reconocer que es usted un tonto...

Yo miré a mi enemigo sin contestar.

— Sí, continuó, y también su padre lo fué, lo cual me induciría a creer, si no tuviera yo otras noticias, que el abuelo de usted, Amós Trenoweth, pecaba igualmente de tonto. Pero le agraviaría si lo pensase así, porque era un bribón, un feroz bandido que mataba a sangre fría, lo cual no impidió que a su vez cometiese una necedad, al confiar en el buen sentido de sus descendientes.

Al pronunciar el nombre de mi abuelo, la voz de Colliver tomó un tono discordante, y sus ojos brillaron de cólera; pero recobrando la calma un momento después, mostróse tan tranquilo como antes.

— Sin duda lleva usted a mal, prosiguió, que yo le tache de tonto; pero no puedo menos de calificar así al hombre que ha vivido catorce años con la mano sobre riquezas que un rey habría envidiado, y que no supo apoderarse de ellas. Le llamo tonto porque cerró usted los ojos cuando pudo ver; y porque, siéndole dado vivir con el lujo de un príncipe, siempre fué usted un mendigo. A fe mía, Sr. Trenoweth, que casi me inspira desdén al pensar en lo necio que ha sido...

¿Qué significaban las palabras de aquel hombre? ¿Tendría él la clave que jamás pude yo encontrar?

— El secreto, prosiguió Colliver, está escrito en esa enorme llave que ahí ve usted, y para que no se pudiese alegar ignorancia, Amós Trenoweth indicó que en ella se encontraría.

— ¿Qué quiere usted decir?, balbuceé sin poder contenerme más.

— ¡Ah!, exclamó Colliver, ¿conque al fin encuentra usted el uso de la palabra? ¿Qué quiero decir?.. ¿Será posible que aun no lo sospeche usted?.. ¡Vamos, casi me repugna matar a semejante tonto!

Al pronunciar estas palabras fijó en mí una mirada de desdén, y extendiendo el brazo cogió la llave de mi abuelo.

— Aquí veo escritas, continuó, clara y distintamente, ciertas palabras que usted debe conocer; pero voy a repetirselas para refrescar su memoria. Dicen así:

«Tu casa está asentada en las arenas,
Y tus esperanzas junto a un hombre muerto.»

— ¿Y bien?, repliqué, tonto que era. Aun no lo comprendo.

— Señor Jasper Trenoweth, repuso Colliver, ¿no ha oído usted hablar de un sitio llamado la «Roca del Hombre muerto?»

Estas palabras fueron para mí un rayo de luz, y todo lo comprendí al punto. ¡Que si había oído hablar de la «Roca del Hombre muerto!» ¡Ya lo creo!..

Y al oír pronunciar este nombre, evoqué el recuerdo de toda mi vida pasada, con todas sus locuras y errores, sus esperanzas e irrealizables sueños. Parecióme ver de nuevo la ansiosa sonrisa de mi pobre madre, las lívidas facciones de mi padre ahogado, la lucha en la roca, aquella cara siniestra que se divisó un instante en la ventana de nuestra casa, la escena en la sala de juego, a mi pobre amigo Tomás herido de muerte, y a Clara moribunda en el teatro.

(Se continuará.)

BARCELONA. - UNA ESCUELA MONTESSORI. (Fotografías de A. Merletti.)

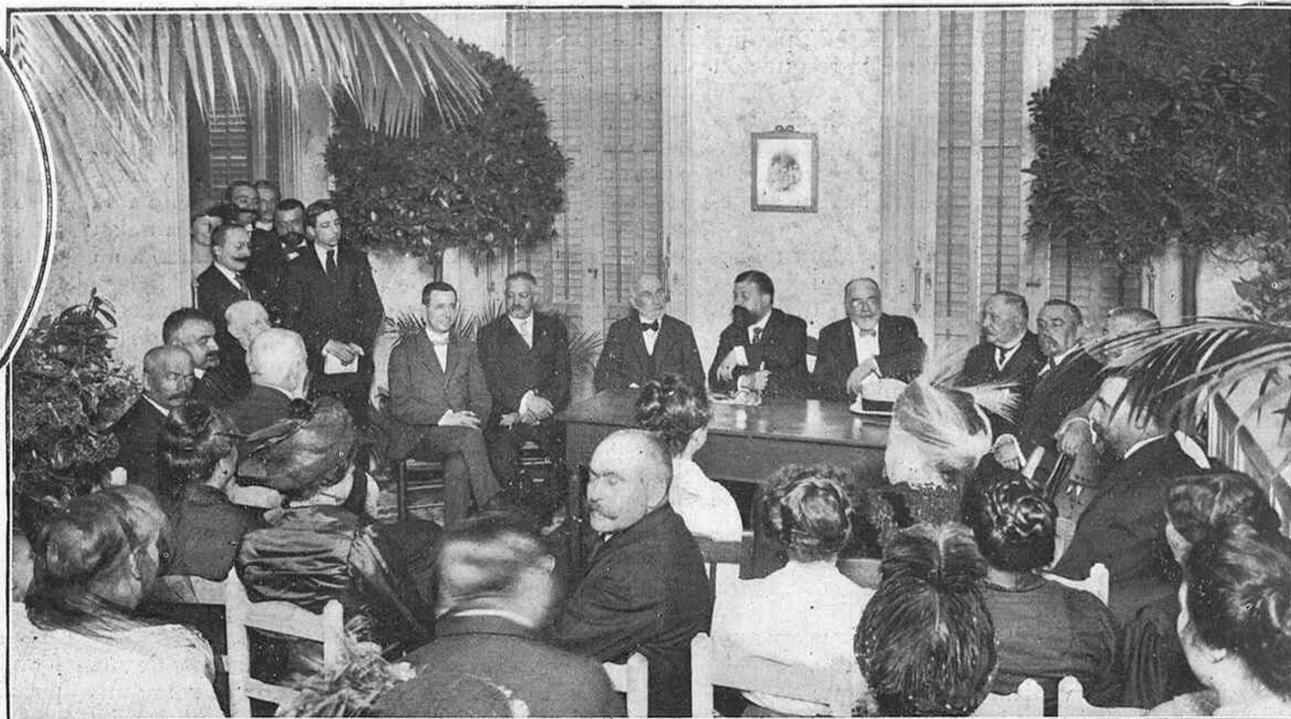


La ilustre doctora italiana María Montessori, creadora del método pedagógico que lleva su nombre y que ha causado una verdadera revolución en la ciencia de la Pedagogía.

Recientemente se ha efectuado en esta ciudad la inauguración de la implantación del método de enseñanza Montessori en la Escuela Nacional de Párvulos que dirige D.^a Celestina Vigneaux de Corominas, habiendo asistido al acto las autoridades, gran número de maestros y maestras y los padres de los alumnos que en la citada escuela se educan.

Después que los asistentes hubieron presenciado varios ejercicios rítmicos ejecutados por los pequeños educandos y visitado las dependencias de la escuela, que están en condiciones inmejorables, efectuóse el acto oficial de la inauguración.

Ocupó la presidencia el rector de la Universidad, Dr. D. Valentín Carulla, a cuyos lados se sentaron los Sres. Andrade, gobernador civil, Vidal y Valls, representante del Ayuntamiento, Puig y Cadafalch, representante de la Diputación, Batllés y Bertrán de Lis, delegado regio de primera enseñanza, Fernández, inspector provincial de primera enseñanza, señorita Serrano, inspectora



Barcelona. - Inauguración de la implantación del método Montessori en la Escuela Nacional de párvulos que dirige D.^a Celestina Vigneaux de Corominas

progreso que anima a los maestros nacionales. El Sr. Andrade encareció la importancia del método Montessori que tiende a desterrar por entero el odioso sistema antiguo de «la letra con sangre entra».

Puso fin al acto la Sra. Vigneaux de Corominas con un elocuente y sentido discurso de gracias.

La implantación del sistema Montessori en Barcelona constituye un hecho memorable en la historia de nuestra enseñanza y por ella merecen entusiastas plácemes cuantos han contribuido a tan importante obra y muy singularmente D.^a Leonor Serrano, calurosa admiradora e infatigable propagandista de aquel método pedagógico, y la Sra. Vigneaux de Corominas, encargada de aplicarlo por vez primera en una escuela española.

El sistema de María Montessori es indudablemente el que más ha revolucionado la educación y la enseñanza y bien puede afirmarse que desde Fröebel y Pestalozzi no había surgido en el campo de la pedagogía un genio que llamase tanto la atención de los educadores como aquella ilustre doctora italiana, que ha sabido sondear con éxito el alma del niño y ha estudiado profundamente las ciencias antropológicas.

Las observaciones que hizo sobre los niños idiotas, siendo alumna practicante de medicina en la clínica de psiquiatría en la Universidad de Roma, y su ardiente deseo de despertar las facultades adormecidas de aquellos desgraciados, la movieron a estudiar los escritos pedagógicos de Itard y de Seguin; y viendo que los métodos empleados para la educación de los niños deficientes contenían principios más racionales que los otros métodos en uso, pensó que si estos principios se



Enseñanza de la escritura por el tacto antes que por la vista mediante un alfabeto vaciado en papel áspero y colocado sobre cartones lisos

de primera enseñanza, señoras viuda de Alier y Vigneaux de Corominas y otras distinguidas personalidades.

La señorita Serrano pronunció un elocuente discurso explicando a grandes rasgos en qué consiste el sistema Montessori, que se funda en conceder la más amplia libertad al niño aprovechando y dirigiendo sus aptitudes naturales y exponiendo los propósitos de los que habían llevado a la práctica la implantación de aquel sistema en una escuela nacional.

El Sr. Juncal, concejal barcelonés, dijo que el apoyo concedido al ensayo oficial del método Montessori demuestra que el Ayuntamiento se preocupa del importante problema de la enseñanza; elogió al Dr. Carulla por su entusiasmo por la escuela de primeras letras, y terminó ofreciendo la cooperación de nuestra Corporación municipal a la gran obra que se inauguraba.

El Sr. Vidal y Valls hizo suyas las palabras del Sr. Juncal, manifestó su satisfacción por el acto que se celebraba y ofreció también el apoyo del Ayuntamiento para toda obra de cultura.

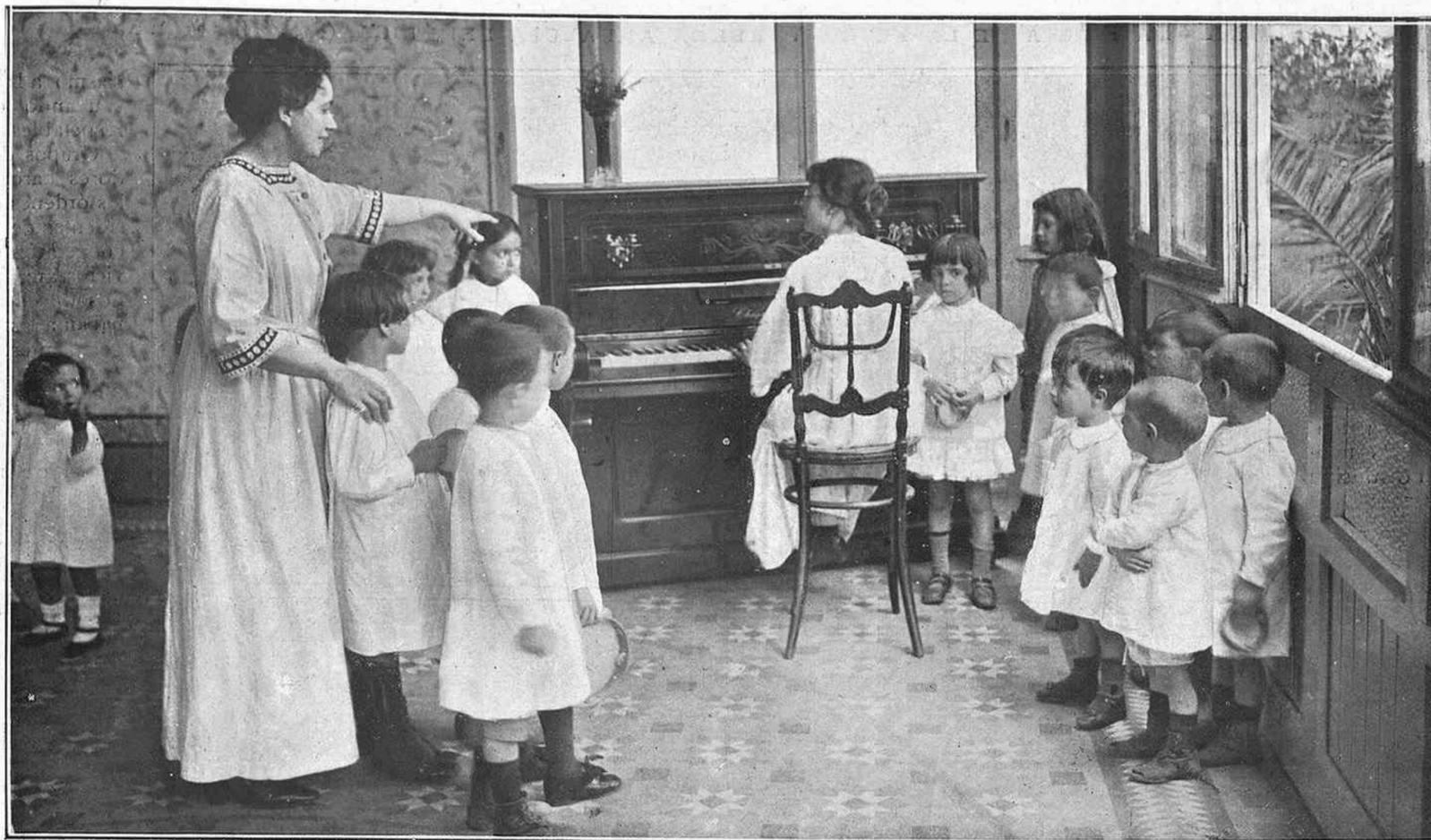
El Dr. Carulla ensalzó el acto que se celebraba y que demuestra el afán de



Educación del sentido de la vista. Ejercicios de encajes y ajustes de planos para acostumbrar al ojo a percibir inmediatamente las dimensiones de los objetos

aplicaban a niños normales no podrían menos de dar resultados maravillosos. No es este lugar a propósito para hacer un análisis del sistema Montessori; habremos, pues, de limitarnos a exponer los rasgos principales del mismo.

La obra de María Montessori abarca dos puntos principales: los métodos



Clase de música. Educación del oído y del tacto por medio de los sonidos y de la mecánica del piano

instructivos y educativos y el material de enseñanza, que se adaptan a las condiciones del desarrollo físico e intelectual del educando y requieren frecuentes modificaciones. Para los experimentos que constituyen el alma de todo su sistema de educación es menester ante todo, como principio, la libertad del alumno; el niño es el factor principal de su propia educación, y la acción del maestro debe limitarse a una labor puramente directiva. La pedagogía científica atiende, observa, nota las relaciones espontáneas del niño, para lo cual debe dejarse a éste en plena libertad de obrar; saca de las observaciones hechas y de los resultados obtenidos los principios y las reglas que se imponen; va de la experiencia y de la práctica, del movimiento y de la acción a las ideas y a la teoría.

La base del método Montessori consiste en considerar el sentido del tacto como el fundamento de todos los demás sentidos por ser el gran guía de la vista y en general de toda percepción exacta; y así empieza cultivando una especie de memoria muscular y enseñando al niño a distinguir las nociones de frío y caliente, liso y áspero, etc. Al propio tiempo los alumnos aprenden por sí mismos a hacer nudos, a abrocharse los vestidos, a juntar dos trozos de tela o de cuero por medio de corchetes, cordones, botones o cintas.

También por el tacto se les enseña a conocer las formas geométricas, constituyendo esta enseñanza un verdadero juego educativo, como casi todas las que se ajustan al método Montessori.

Curiosísimo es el proce-



**El Jabón
HENO de PRAVIA
de la Casa Gal
suaviza
las manos.**

dimiento por el cual los niños van aprendiendo sucesivamente el dibujo, la escritura y la lectura por este mismo orden. La afición a dibujar es innata en los niños y utilizando esta disposición, después que aquéllos han adquirido cierta seguridad en el trazado de distintos objetos, se les familiariza con el trazado de las letras y de las palabras, con tan sorprendentes resultados que los alumnos de cuatro años emplean sólo un mes y medio entre la primera preparación para la escritura y el acto de escribir, reduciéndose este tiempo a un mes para los de cinco años. Los ejercicios de lectura, perfectamente graduados, disponen sucesivamente para el análisis de la sílaba, de la palabra y de la frase y una vez terminados aquéllos empiezan los juegos de lectura que son numerosos y variados, e interesan vivamente al niño, lo entretienen con agrado y lo afician cada vez a la lectura corriente que al fin se convierte en la lectura rápida.

La educación de los demás sentidos se obtiene por medios no menos sencillos y racionales y siempre en forma de juegos que entretienen al niño agradablemente.

El método Montessori no descuida, ni mucho menos, la educación física que comprende el aseo personal y la gimnasia.

En cuanto a la educación moral, tiene por objeto el cultivo de los buenos sentimientos y del carácter y la dirección de la voluntad en sus aplicaciones al bien, mediante una disciplina que respetando la actividad del niño permita la autoeducación de éste bajo su responsabilidad y corrección.

BARCELONA. - LA FIESTA DE LA FLOR. - VERBENA ANDALUZA BENÉFICA. (Fotografías de A. Merletti.)

A beneficio del Patronato para la lucha contra la tuberculosis se celebró el día 20 en Barcelona la Fiesta de la Flor. Desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la tarde, más de un millar de bellísimas señoritas elegantemente ataviadas recorrieron las calles de la ciudad, del Ensanche y de los suburbios, acometiendo a todos los transeúntes, sin distinción de clases, sexos ni edades, y prendiéndoles florecitas de trapo a



siasmo a la fiesta, recaudando cantidades respetables.

Grupos de exploradores barceloneses, a las órdenes de las presidentas de las mesas, cooperaron en los servicios auxiliares; algunos de ellos acompañaban a las parejas de postulantes.

A las siete de la tarde, los individuos del comité organizador, que no se habían dado punto de reposo en todo el día, recorriendo constantemente los puestos para allanar



Mesa presidida por la señora marquesa de Villanueva y Geltrú



Mesa del mercado de San José

Mesa presidida por la Srta. D.^a Josefina Juliá

cambio de las limosnas que con la mejor voluntad todo el mundo les entregaba. Fué una persecución obstinada, continua, a la que nadie se substraía y a la que todos se rendían gustosos en gracia al fin benéfico que la motivaba. Los viandantes tropezaban a cada paso con las lindas parejitas, que no los soltaban hasta que obtenían de ellos el deseado óbolo; los coches y automóviles eran detenidos y las postulantes, subiéndose a los estribos, colocaban las flores y veían llenarse las bolsas en donde recogían las limosnas; los tranvías eran materialmente asaltados, consiguiendo las asaltantes pingües colectas; los cafés, teatros, cinematógrafos y demás espectáculos públicos y los casinos aristocráticos, veíanse constantemente visitados por nubes de encantadoras muchachas, que ponían en sus asedios toda la gracia, todo el calor, todo el entusiasmo propios de sus delicados corazones, consagrados por entero a la benéfica labor que les había sido encomendada, y que veían largamente recompensados sus esfuerzos.

Además de las postulantes callejeras, había mesas petitorias instaladas en distintos sitios de la ciudad presididas por distinguidas damas y señoritas, cuyos nombres damos a continuación: marquesas de Villanueva y Geltrú y de Comillas; condesas de Sert y de Lavern; baronesas de Salillas y de Güell; señoras de Capella, de Sotolongo, de Oriol Martí, de Viader, Parellada de Ferrer Güell, Tudó de Martínez, Barrán, Montserrat, Chibas, Torrents de Solá, Giró, Deus, Comerma, Galobart, López de Gay, Miralles, Roig y Bergadá, López de Ferrer, Xalabarder, Baldó de Torres, Albet, Borrull, Escriu y Pla, y señoritas Monteys, Calaya, Serradell, Juliá, Serra y Casas. Las había también en todos los mercados; en donde las simpáticas vendedoras se asociaron con entu-

cualesquier dificultad o deficiencia, salieron en diversos automóviles para proceder a la recaudación de lo recogido en las distintas mesas. El dinero reunido fué depositado en el Banco de España, y aun cuando en el momento de escribir estas líneas no se ha hecho el recuento todavía, calcúlase que el total de lo recaudado excederá de cincuenta mil pesetas.

Por este resultado y por la buena organización de la Fiesta de la Flor, han merecido muchos y muy entusiastas plácemes las personas que constituyen el Comité ejecutivo de la misma y todas las que en su realización han tomado parte, muy singularmente las señoritas.



Verbena andaluza celebrada en el Palacio de Bellas Artes a beneficio de las viudas y huérfanos de pintores franceses muertos en la guerra. Grupo de señoritas que tomaron parte en la fiesta luciendo vistosos mantones de Manila.

Organizada por distinguidas damas de la mejor sociedad barcelonesa, se ha celebrado en el jardín del Palacio de Bellas Artes una «verbena andaluza» a beneficio de las viudas y de los huérfanos de los pintores franceses muertos en la guerra.

La concurrencia fué tan numerosa como escogida, pudiendo afirmarse que allí se hallaba reunido el *todo Barcelona* que tanto lucimiento presta a todas las fiestas en que toma parte. Las bellísimas y elegantes señoritas ostentaban en su mayor parte ricos mantones de Manila y vistosos ramos de rojos claveles.

El jardín estaba profusamente iluminado con innumerables guirnalda de bombillas, tulipas y farolillos a la veneciana artísticamente dispuestos, ofreciendo un magnífico golpe de vista. A los acordes de la banda municipal, que alternaba con el piano de manubrio, gran número de gentiles parejas se entregaron a los placeres de la danza. Entre los árboles había multitud de mesitas para el servicio de la cena. La fiesta, que resultó alegre y pintoresca, se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada.